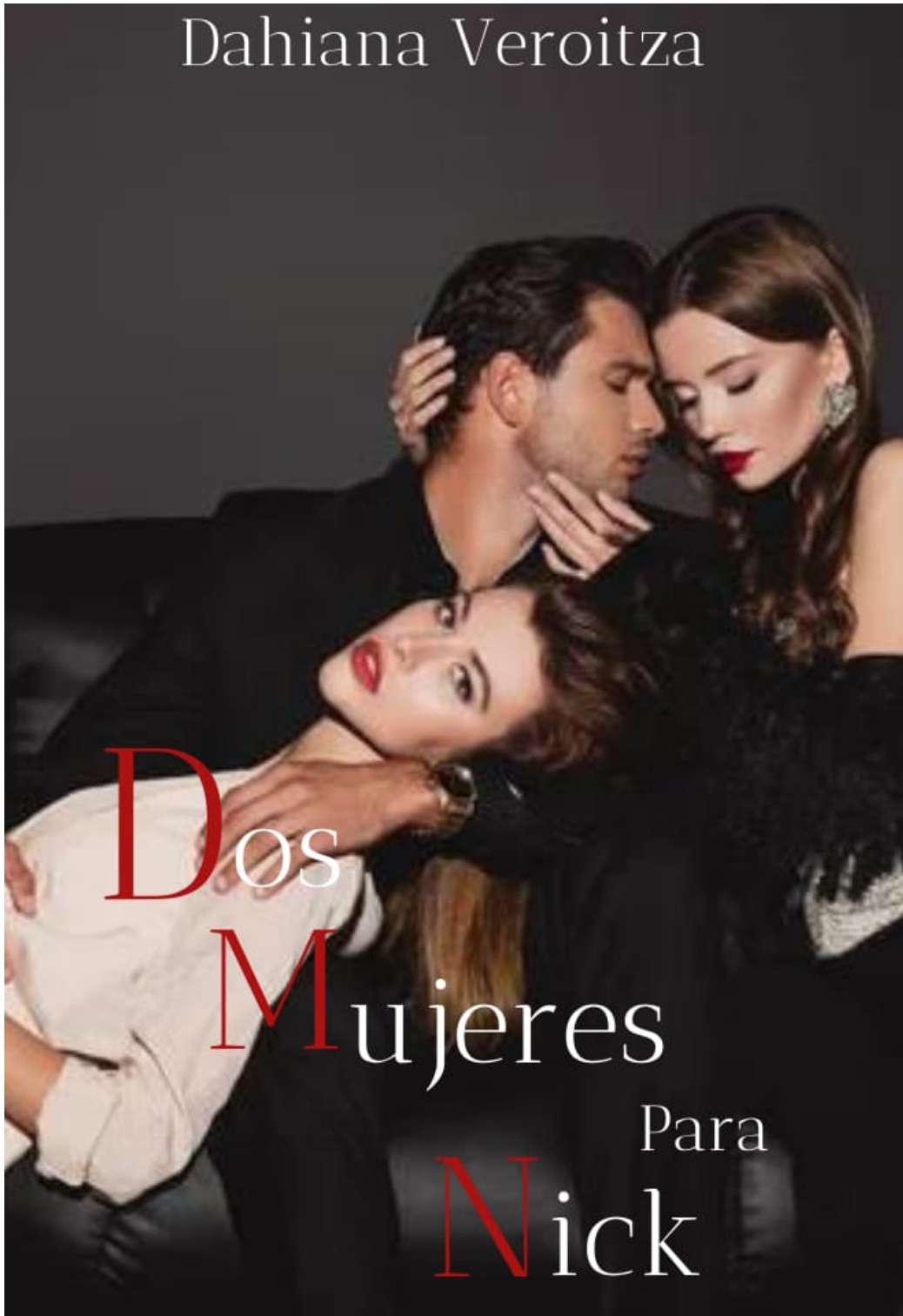


Dos mujeres para Nick

Dahiana Araceli Veroitza Fernndez

Dahiana Veroitza



Capítulo 1

1.1 La mujer rubia

—Entonces fui donde ella...— continuó su historia Verni.

Me era irritante escucharlo, siempre con sus patéticas historias de amores fallidos.

No entendía porque insistía tanto en encontrar una mujer que lo amaría.

Yo solo buscaba lindas niñas que me complacieran, a cambio les daba algo que ellas me pidieran.

Pero era como el mago de los deseos, tenía una condición, una noche de placer y yo haría mi magia.

—Resultado ser que ella...— Verni no dejaba de hablar de su última decepción amorosa.

Yo había logrado la técnica de parecer que lo escuchaba, cuando no le daba les daba el menor interés a sus palabras.

Estaba en eso cuando vi a la rubia despampanante de trasero redondeado que entro al bar.

Vestido blanco, rulos rubios, labios rojos y escote pronunciado.

Sonreí inconscientemente al pensar en las cosas que le haría, una vez la tuviera en mi cama.

Verni dejo de hablar al ver mi sonrisa y se giró para ver a la rubia, luego me miro con cara de pocos amigos.

—¿Una más? ¿En serio? — me preguntó.

—¿Qué tiene de malo? — le contesté mirándolo fijamente, mientras terminaba de beber mi trago.

—¡Debes darte más valor Nick! — otra vez iba a empezar con su discurso sobre el valor de las personas.

—No tengo de escuchar sobre tus clases de moralidad Verni— le dije y me levanté dejando en la barra el dinero suficiente para pagar el trago de

Verni y el mío.

Escuche a Verni resoplar detrás mío y lo perdí de vista, seguramente se iría a su departamento a dormir para mañana volver a hacer su patética rutina.

—Hola me llamo Nick, ¿y tú? — le dije con una sonrisa a la rubia que sería mía esta noche.

—Camila— dijo extendiendo su mano a modo de saludo, con una pequeña sonrisa en sus labios carnosos.

—Bueno Camila, déjame decirte que eres muy bonita— le dije y le di un beso en su delicada piel.

—¿Nos conocemos? — me dijo riendo por mi evidente confianza.

—No, pero te contare un secreto— le respondí, su piel olía a avellanas y cerezas, me volvía loco.

—¿Cuál? — me preguntó curiosa.

—Yo soy el mago de los deseos— le dije sonriendo y con mi mirada fija en sus ojos color azul.

—¿El mago de los deseos? — me dijo confundida.

—Si tú me haces un favor, yo te regalare lo que quieras— le respondí.

—¿Lo que yo quiera? — me dijo sonriendo de forma incrédula.

—¡Lo que tú quieras! — le repetí.

—¿Y qué tengo que hacer? — me preguntó, ya había caído en mi trampa.

Yo Sonreí con ganas y le hice señas para que se levantara.

Ella me hizo caso, aún algo confundida.

—Debes acompañarme a mi departamento— le dije y el agarre de la cintura.

Ella se ríe e intento soltarse.

—Yo no soy esa clase de mujer— me dijo nerviosa.

Yo la solté y me giré para irme.

—Ni modo pequeño, otra será la que aproveche la oportunidad— le dije y le guiñe un ojo.

La observe toda la noche, mientras hablaba con varias mujeres.

Pero yo sabía que sería ella quien tendría debajo mío esta noche.

Cuando empezó a irse, agarre mis cosas y deje hablando sola, a la mujer que ni siquiera recordaba su nombre.

La encontré afuera esperando un taxi, mi auto último modelo ya me esperaba en la entrada, el guardacoches me dio la llave y encendí el auto.

Mi bebe comenzó a sonar con potencia, las luces se encendieron y las puertas se deslizaron lentamente hacia arriba.

Yo Sonreí y me senté en el asiento del conductor, giré mi cabeza a la evidente rubia sorprendida de la entrada.

—¿Vienes conmigo pequeña? — le pregunte.

Ella giro pensando que había alguna otra mujer y al darse cuenta que me dirigía a ella, sonrió y asintió acercándose al auto.

Conduje a toda velocidad por las calles de la ciudad, y no deje de hacerle algunas caricias para comenzar a subir la temperatura de mi chica.

1.2 Sin compromiso

Cuando llegamos a mi pent-house y abrí la puerta, ella se arrojó encima mío.

Yo Sonreí y comencé a romperle el vestido, ella me sacó la camisa y los pantalones.

Ambos caímos en la cama de cuatro plazas con sabanas de ceda negra.

Yo la envolví con mis brazos, ella parecía una pequeña presa y yo un depredador.

Sonreí con mis dientes blancos en la oscuridad y ella hizo una sonrisa

tímida.

Le subí las manos por encima de la cabeza y la besé apasionadamente.

Nuestras lenguas danzaron un baile sensual juntas.

Nuestra saliva se unía y nuestros cuerpos se calentaban uno con el otro.

Mi mano libre, viajaba lenta y delicadamente por sus pechos, abdomen, caderas y piernas.

El contacto de mis dedos la hacían estremecerse y buscaba desesperadamente mis labios.

Acaricie su entrada, ya jugosa y pegajosa, ella se dobló de placer.

Pasé mis dedos suavemente por sus labios externos, los fui metiendo y sintiendo sus jugos seguramente deliciosos.

Lentamente mis dedos fueron pasando por sus paredes internas, ella comenzó a gemir débilmente, envuelta en placer.

Mis dedos subían y bajaban con suavidad por su intimidad, llegue a su pequeño dulce, delicado y pequeño.

Al rozarlo ella lanzo un gemido audible, yo Sonreí y comencé a rozarlos, arriba y abajo, abajo y arriba.

Ella estaba loca por mis caricias, todo su cuerpo temblaba y convulsionaba de placer.

Comencé a dibujar círculos que terminaban en ese pequeño dulce néctar de los dioses.

Me incline y acerque mis labios, su olor me envolvió y gruñí de placer.

Atrape su pequeño clítoris en mis labios y ella se estremeció en medio de un gemido.

Le pase la lengua y dibuje círculos, lentos, húmedos y suaves.

Ella se vino sin siquiera penetrarla, yo Sonreí.

Ya la tenía bien dura, apunte mi miembro erecto en su entrada y lentamente la penetre.

Envolviéndola, lenta, suave y jugosamente.

Ella se estremecía y gemía, tenía las sábanas aferrada a sus pequeños puños.

Yo me apoyé en el respaldo de la cama y comencé a moverme.

Adentro y afuera, afuera y adentro.

Su calor envolvió mi miembro que cada vez estaba más duro y venoso.

Sus jugos me mojaron mi falo, eran pegajosos y calientes.

Comenzamos a gemir en unísono.

Las mujeres eran deliciosas, realmente no entendía a Verni y su resistencia moralista de no querer a mujeres sin amor.

A la mañana siguiente, amanecí con ella recostada en mi pecho. Todo su cuerpo desnudo, sus tetas aplastadas delicadamente en mi costado.

Le observe los pelos enmarañados y su cuerpo sensual y delicado.

Tenía una hilera de mis marcas en toda su piel, Sonreí acariciando los cardenales, ella se quejó y abrió sus ojos color cielo.

—Buenos días— me dijo con una pequeña sonrisa.

—Buenos días— le respondí imitando su sonrisa.

Luego me levanté y me metí a bañar.

Cuando salí ella estaba sentada en la cama, esa mirada vergonzosa y tímida ya la conocía muy bien.

—Ahora...— empezó a decir, pero hizo silencio porque no sabía cómo seguir su frase.

—Ahora te diré como sigue esto— le dije y ella me miro sorprendida— Primero, no hay compromisos entre nosotros, segundo te daré cosas según tú nivel y capacidad de complacerme, tercero cuando me aburra de ti, no harás berrinches y aceptarás tú destino ¿Quedo claro? — le pregunté, con mi mirada fija en sus ojos azules.

1.3 No eres la primera, ni la última

Ella asintió lentamente.

Yo sabía que tenía una pregunta, las mujeres eran un logaritmo fácil de definir, una vez descubierto, podías tener a cualquier mujer a tus pies.

—¿Preguntas? — sabía lo que preguntaría, pero al igual que mis anteriores juguetes le daría la oportunidad, de todas formas, ya sabía que responder.

—Creí que sería...— comenzó diciendo sin mirarme.

—¿Qué? ¿La primera? — le interrumpí.

Ella me miro sorprendida un momento y luego agacho la cabeza asintiendo.

—No preciosa, no eres la primera ni la última— le aclare lo de última para que vaya acostumbrándose a la idea.

—Pero seré...— empezó a decir.

—¡No! No serás la única— le respondí, una vez más adelantándome a su pregunta.

Ella me volvió a mirar sorprendida e hizo una mueca.

—No estoy segura si quiero...— me dijo agachando la cabeza.

—Mira preciosa, allí afuera hay miles de hombres, gordos, flacos, lindos, feos, pobres y ricos, pero todos, TODOS, solo buscan una cosa— le dije directamente y sin rodeos.

Ella no dijo nada, pero su expresión me hacía notar que había entendido lo que le había querido decir.

—Tú decides, si prefieres ser mi juguete a cambio de regalos y salidas de lujo, o prefieres ser el juguete de uno más de esos hombres de allí afuera, que seguramente a cambio de un café en una cafetería de poca monta querrán que les abras las piernas— esto hizo que ella me mirara, yo le sostuve la mirada y finalmente asintió.

—Está bien, aceptó— me dijo en un susurro, sin verme a los ojos.

Yo Sonreí y me acerque a ella, le levante el mentón y le atrape los labios con los míos. Luego le acomode un mechón rubio detrás de la oreja.

—Descuida, serás muy feliz conmigo preciosa— le dije y ella hizo una media sonrisa.

Sabía que no estaba convencida de todo.

Pero yo la convencería.

Los días pasaron y deje que la ansiedad jugará su papel en Camila.

Le mande un mensaje con un simple "Hola, te paso a buscar a las 9 pm"

Ella no respondió y yo sabía que estaba lista.

Cuando llegue y golpee la puerta de su pequeño departamento ella se sorprendió al verme.

—¿Qué haces aquí? — me dijo, sus ojos se notaban molestos.

—Te dije que vendría— le dije entrando a su sala sin permiso.

Ella se sorprendió y me miró fijamente.

—Yo no te confirme que quería verte— me respondió.

—No necesitó tú confirmación— le dije, dejando una bolsa de regalo en su pequeña mesa de comedor.

Ella miro la bolsa y luego a mí.

—Nick... Yo... No estoy segura...— comenzó a decir dudando.

—Es para ti, ¡Ábrelo! — le dije interrumpiéndola.

Ella hizo una mueca y se acercó a la mesa.

—Bueno gracias— dijo de poca gana.

—No agradezcas hasta verlo— le dije y me concentré viendo el pequeño salón que funcionaba de comedor, living y salón de estar.

Sacó el perfume caro e importado de la bolsa, tenía el ticket de precio pegado, siempre lo dejaba a propósito, para que mis niñas supieran que mis regalos eran muy valiosos.

Ella vio la etiqueta y abrió los ojos desmesurados.

—¿Qué sucede no te gusta? — le pregunte, haciéndome el sorprendido.

—¡Nunca vi tantos números en un precio! — me confeso avergonzada.

—Es lo que valió nuestra última noche juntos— le dije encogiéndome de hombros y acercándome a ella— ¡Lo hiciste muy bien! Pero sé que puedes hacerlo mejor, preciosa— le dije mirándola fijamente a sus ojos azules.

1.4 Una aventura más

Ella me beso apasionadamente, yo me deje llevar. Sus labios se movían torpemente sobre los míos.

Camila se alejó de mí, dándose cuenta de lo que había hecho.

Su tierno rostro se puso de un tono rosáceo, yo Sonreí y le agarré el mentón.

—¡Te reclamaré como mía preciosa! — le dije, mirándola fijamente.

—No sé hacerlo— me dijo avergonzada.

—No importa, yo te enseñaré— le respondí y la besé.

Guíe sus labios con los míos, primero lentamente, luego fui subiendo la intensidad.

Mis manos se posaron en sus caderas y atraje su pequeño y esbelto cuerpo hacia mí.

Ella suspiro y se dejó guiar por mí.

Abrí los ojos, me recibió el techo de madera de la habitación de Camila.

Me intenté mover, un dolor de espalda, punzante, me detuvo en mi lugar.

Maldije por lo bajo.

Mi espalda no estaba acostumbrada a dormir en un colchón de poca monta como ése.

Me levanté, sosteniéndome la espalda y me estiré.

Me di vuelta, Camila estaba dormida, del lado contrario de la cama. Agarré mis cosas, saqué un fajó de dinero y se lo dejé en la mesita de noche, con una nota que decía

«Lo hiciste bien, pero sé que puedes mejorar, cómprate algo bonito, con cariño, Nick»

«Camila»

Cuando desperté, Nick ya no estaba aquí. En su lugar había una nota, y un fajó de mil dólares. Agarré el dinero y lo quedé mirando un momento.

—¿Por qué hacemos esto? — me preguntó mi cabeza.

Realmente, no sabía que responderle. Yo me valía sola, siempre había sido independiente, y aunque no tuviera todos los lujos, no vivía mal.

Me levanté completamente desnuda y fui al armario a buscar mi bata de baño.

—Acéptalo, lo hacemos por dinero— dijo mi cabeza.

Era la opción más razonable. No podía justificar mis actos, diciendo algo del estilo, tengo una mamá enferma o me voy a morir de una enfermedad terminal. Ninguna de las dos cosas era real. Mi vida gozaba de una banalidad tranquilizante, no me imaginaba tener que pasar por situaciones extremas como esas.

Me coloqué la bata y antes de ir al baño, volví a mirar el dinero en la mesita de noche, resoplé y me fui.

—Bueno, si lo vamos a hacer, lo haremos bien— siguió mi cabeza.

Debía asegurarme de o bien, enamorar a Nick, o embarazarme de él. Y si los planes no salían bien, buscar a uno de sus amigos ricos.

Pero primero lo primero, espantar a cualquier mujer que osará acercarse a Nick. Todo eso, sin que él se diera cuenta.

Volví a resoplar debajo de la ducha, lo haces por tener una vida mejor. No es malo querer triunfar económicamente ¿O sí?

Sacudí la cabeza y cerré la ducha, me vestí, agarré el dinero y me fui al centro comercial.

Me compre varios conjuntos íntimos, llevaba tanto tiempo soltera, que ya no tenía ropa interior decente.

También, me compre dos vestidos con escote pronunciado.

En una peluquería me hice un retoque de cabello.

Nick me había invitado a cenar, me mire al espejo, el resultado me convencía.

—¡Hoy lo enamoramos! — dijo mi cabeza, convencida.

Yo Sonreí y salí del departamento.

Nick estaba en su auto descapotable, mirada al frente, mirando algún punto fijo de la calle, su mano estaba posada en su mentón.

Inmediatamente me di cuenta, que, si quería enamorarlo, debía aprender a leer su mente.

No sería un trabajo sencillo, pero lo lograría.

1.5 Aprendiendo las reglas

Nick me miró de arriba abajo cuando me subí al auto. A diferencia de mis expectativas, no dijo nada, ni que era bonita, ni que le había gustado mi cambio de look, nada, sólo me miro serio y arrancó el auto.

— ¿No le gusto? — dudo mi cabeza.

Pero ¿A qué hombre no le gustaría una mujer sensual?

No, era otra cosa. Seguramente mi estiló no era de su gusto.

—Debemos averiguar sus preferencias— me aclaró mi cabeza y yo asentí inconscientemente.

Nick actuó raro toda la noche, solo me observaba. Yo me ponía nerviosa, no entendía que era lo que le desagradaba de mí, había hecho todo esto por él.

Cuando llegamos a su pent-house, él se sacó su sacó y me volvió a mirar.

— ¿Sucede algo? — me animé a preguntarle, aprovechando que ahora

estábamos solos.

— ¿Con qué pagaste todo el serví? — preguntó de forma directa, mirándome a los ojos.

— ¿Serví? — le pregunté confundida.

Me apuntó a mí de arriba abajo, sin decir nada.

Él se refería a serví, a todo el arreglo que me había hecho.

— ¿Nos ve como un auto? — preguntó mi cabeza.

Eso me ofendía, realmente no valía nada para Nick, solo era un objeto más de su patrimonio económico.

—Bueno, nosotros lo estamos usando como cajero automático, no somos tan diferentes— me aclaró mi cabeza, haciéndome acordar de mi plan con Nick.

—Con el dinero que me dejaste— le dije sonriendo.

Él me miro serio y sus labios se torcieron en señal de disgusto.

— ¿No te gusto? — le dije mirándome a mí misma.

—Si yo quiero cambiar algo de mi muñeca, yo elegiré que yo también lo pagaré— me dijo tajante— Tú debes preguntarme lo que quiero que te hagas en el cuerpo, porque es de mi propiedad ¿ok? — finalizó mirándome con disgusto.

— ¿Qué él va a decidir por nosotros? Pero ¿Quién se ha creído? — dijo mi cabeza furiosa.

— ¡Nuestro dueño! — le aclaré, recordando el plan.

—Pensé que...— comencé a decirle, agachando la cabeza, me ponía nerviosa su mirada intensa.

Él se comenzó a remangar la camisa hasta los codos, mientras se dirigía a un bar llena de licores caros.

—El dinero que yo te doy es para que lo gastes en cosas para ti— me dijo, como si adivinara mi pensamiento— No siendo tú cuerpo una opción, porque es mío, y solo yo decido que le vas a hacer— finalizó y se sentó en el sillón con una copa de whisky.

Yo me quedé parada en mi lugar, no sabía qué hacer, lo había arruinado, me sentía frustrada conmigo misma, había desperdiciado la única oportunidad que tenía de tener una vida de lujos.

— ¡Ven aquí Camila! ¿O planeas quedarte ahí parada toda la noche? — me dijo tajante.

Yo me acerqué tímidamente y me senté lo más lejos de él, esa actitud me daba inseguridad, pero lamentablemente estaba a su merced.

Él me observaba en silencio, mientras bebía su whisky. Una vez que lo terminé de beber, dejó la copa en la mesa ratona y se volvió a acomodar en el sillón, en ningún momento dejó de mirarme.

—No sé...— comencé diciendo.

— ¡Aprenderás! — Me dijo, una vez más adivinando mis pensamientos— yo te enseñaré— me dijo, está vez con una sonrisa.

Yo Sonreí tímidamente. Él se colocó encima de mí y me acarició mi cabello, me miro una vez más y me beso apasionadamente.

1.6 Rebeca Richieri

«Rebeca»

Suena la alarma

Rebeca esta semi cubierta con una manta, completamente vestida con un traje y solo un tacón, la almohada encima de la cabeza.

— ¡Si! ¡Si! ¡Ya estoy! ¿Qué hora es? ¿Dónde estoy? — se levanta apresurada y confundida.

Se prende la radio de forma automática

—Buenos días, señores y señoras, hoy es un magnífico lunes soleado, ideal para paseos en familia...—

Rebeca va rengueando al baño y se saca el único tacón que le quedaba, antes de entrar al baño.

Se mira al espejo. Maquillaje corrido, bolsas en los ojos y pelos parados.

— ¡Huy si! Un día ideal y maravilloso— dice con sarcasmo y se mete a la ducha.

Diez minutos después, sale completamente arreglada, colocándose un aro de perla. Se coloca los tacones y sale de la casa.

—Buenos días señora Richieri— le dice el jardinero.

—Buenos días Jos— le dije sonriendo y me subí a mi auto.

Conduje a la oficina, hoy había amanecido con un gusto amargo y nostálgico, no entendía muy bien el ¿Por qué?

Cuando llegué al enorme edificio e hice mi ingreso por esas puertas de metal y vidrio reforzado, me di cuenta de porque mi humor.

En el mismo lugar donde lo habíamos colocado el día de su muerte, yacía el cuadro del fundador de esta magnífica compañía, y mi padre amado, el Sr. Arnoldo Richieri.

Hombre pragmático y práctico como él, nunca había conocido.

—Las tradiciones no se rompen, Rebeca— había dicho el día en que decidí manejar mi auto yo misma.

—Papá no quiero conductor, quiero sentir la adrenalina al volante— me había quejado yo.

— ¿Adrenalina? ¿Y para que quieres adrenalina? Hace mal al corazón— me había respondido.

Años después, de igual forma, había roto la milenaria tradición familiar, del amo en el asiento de atrás y el conductor privado al volante. Yo manejaba a mi bebe.

—Buenos días, señora— me dijo mi fiel secretaria, Morena.

— ¿Qué tienen de buenos? — le dije, acercándome al cuadro de mi padre.

Morena no dijo nada, solo me observo.

Al frente del cuadro, siempre había un ramo de rosas y una vela encendida.

—Ya son 10 años— dije con nostalgia.

—Él debe estar orgulloso de usted señora— me respondió Morena.

—Los muertos no sienten, Morena— le respondí tajante y sería.

Yo era el fiel reflejo de mi padre. Astuta, altiva, inteligente.

Nadie me dominaría, yo ponía las reglas del juego.

Camine con la cabeza en alto por el pasillo de azulejos blancos y paredes vidriadas.

Todos se corrían de mi camino al verme pasar.

Yo era la señora Rebeca Richieri, y era la CEO de esta compañía.

—Buenos días Rebí— dijo Marcus acercándoseme por un pasillo lateral.

— ¿Qué tienen de buenos? — le dije molesta.

—Espero que mucho, hoy tenemos la reunión con Sasiolli— me respondió, conservando su tono de voz tranquilo.

Marcus era al único que jamás pude alterar, se podía considerar un amigo, pero yo no tenía amigos.

—Los amigos requieren tiempo y dinero— había dicho alguna vez mi padre.

Y yo no tengo tiempo y no desperdicio dinero.

—Para triunfar en los negocios, se debe destruir amigos, familia y religión— recordé a mi padre nuevamente.

Hoy sería intenso, diez años de su muerte y aún podía sentir su olor a tabaco fresco y whisky.

— ¡Mierda! — Dije frenando de golpe— ¿Has preparado...? — le pregunté mirándolo fijamente.

—Informe listo, presentación enviada y contratos impresos y organizados por prioridad— respondió orgulloso Marcus, con su irritante sonrisa perfecta.

— ¿Te he dicho que te amo? — le pregunte sonriendo y entrando a mi

oficina.

—Si, pero no te creó— me respondió, siguiéndome el paso.

— ¿Por qué? — pregunte fingiendo tristeza.

—Porque tú no tienes corazón, no puedes amar— me dijo mirándome con su sonrisa.

Yo rompí a reír, sabía que era toda la verdad.

1.7 Conocidos por accidente

Salimos junto a Marcus y Morena del edificio.

Nos subimos a mi auto y conduje por la carretera.

Un auto se me cruzo sin previo aviso adelante.

— ¿Quién te crees que eres imbécil? — le grite por la ventanilla.

— ¡Cálmate! — me dijo Marcus.

—No me digas que me calme, eso me altera aún más— le respondí tajante.

— ¡Lo se! — me respondió sonriente y yo le pegue un codazo.

Llegamos al semáforo, el idiota de hace un rato estaba estacionado a lado mío.

— ¡No lo hagas! — me advirtió Marcus, sabiendo que es lo que haría.

—Tú no me puedes decir que hacer— le respondí.

En cuando cambio el semáforo, me metí delante del auto y le levanté el dedo del medio.

—Ahí te veo Estúpido— le dije riendo a carcajada.

Marcus se agarró la cabeza, sin decir nada.

Llegamos a la cancha de golf de Sasiolli, bajamos del auto y nos dirigimos

a la entrada.

Observe a Marcus un momento antes de abrir la puerta.

—Cambia esa cara, sonríe, aún no estás muerto— le dije sonriendo.

—Ya me hice la idea que contigo moriré joven— me respondió riendo.

Cuando estábamos entrando, note al idiota de la carretera estacionar.

— ¿Ese no es? — pregunte en voz alta.

Un hombre alto y bien vestido salió del auto último modeló.

— ¡Espera! — dijo Marcus, mirando al idiota y revisando su maletín.

— ¿Qué sucede? — le pregunte, observando su cara.

— ¡Mierda! Ese es Nick Marshar— aclaró Marcus.

— ¡Aja! ¿Y a mí me importa por qué? — le respondí con sarcasmos.

—Porque es tu mayor obstáculo ante Sasiolli— me dijo mirándome fijamente.

Maldije por lo bajo, intercambiamos miradas y yo me giré, dándole vuelta la espalda.

Sería mi enemigo, pero mi orgullo podía más.

—Mantén a tus enemigos cerca y vigilados— me recordó el fantasma de mi difunto padre.

—Haré una excepción con ese niño bonito de poca monta— me respondí a mí misma.

Cuando llegamos a donde Sasiolli, él estaba jugando al golf.

—Buenos días Señor Sasiolli— le salude con educación.

—No deben ser muy buenos— dijo serio y me miro de reojo.

Yo lo miré confundida.

—Al menos no, para quienes conocimos a Arnoldo Richieri— me aclaró con una pequeña sonrisa.

Yo asentí y le devolví la sonrisa.

—Su muerte, ha sido una gran pérdida, pero al menos nos dejó a su talentosa hija— me alagó.

—Bueno, aun me falta mucho para ser como él— le dije modesta.

—Buenos días, señor Sasiolli— escuche detrás mío, sabía que era el idiota.

—No son buenos días— le dije mirándolo molesta.

— ¿Así? Para ti no, pero para mí si— dijo sonriendo con mofa.

—Es un día triste— dijo Sasiolli y lo miro serio.

Él idiota mostró una cara de confusión y yo me reí por lo bajo.

Él me miro molesto, pero no dijo nada.

—Hoy hace diez años murió un gran amigo— dijo Sasiolli finalmente.

—Lamento escuchar eso, no lo sabía— dijo el idiota.

— ¿No sabias de la muerte de una eminencia de los negocios? — Le pregunto serio Sasiolli— ¿Acaso no has leído de la vida de Mr. Arnoldo Richieri? — concluyó con evidente molestia.

—Los negocios están de luto por él, pero no sabía que era su conocido— aclaro apretando los dientes el niño bonito.

Era como ver a un estúpido, nadar en arenas movedizas, ya estaba hundido.

Me volví a reír por el bajo, sin que Sasiolli se diera cuenta.

El niño bonito me miro con odio.

— ¿Y si es un día de luto, por qué dices buen día? — le respondió tajante Sasiolli, se notaba su molestia.

—Porque las eminencias se recuerdas, pero no detienen la producción— respondió con astucia.

Yo lo miré sorprendida.

—En eso tienes razón— le respondió Sasiolli.

Y el idiota me sonrió con mofa, levantando las cejas con burla.

1.8 Enemigos a primera vista

—Bueno, suficiente golf por hoy— dijo Sasiolli— y le hizo señas al sirviente para que guardara los palos— Vamos a por ese negocio— concluyó.

Ambos lo seguimos en silencio, intercambiamos miradas, llenas de tensión con el niño bonito, tenía ganas de darle un puñetazo en esa bonita cara suya, pero Marcus me tenía agarrada del sacó, sabía cuáles eran mis intenciones y no lo permitiría.

Llegamos a un salón con una gran mesa llena de cómodos sillones negros.

El idiota y yo nos sentamos enfrentados y Sasiolli en la punta, justo en medio de ambos.

—Bueno, creo que es justo que la heredera de Arnoldo Richieri comience— anuncio y me miro con una sonrisa.

Yo le devolví la sonrisa y le hice una mueca, disimulada y burlesca al niño malcriado.

Ambos presentamos, en nuestros respectivos turnos, nuestros proyectos para con la empresa Sasiolli.

Hubo un momento de silencio, Sasiolli se quedó mirando fijamente las carpetas de color madera, que yacían inertes en la mesa de madera blanca pulcra.

Finalmente nos miró, primero a uno y luego al otro.

—Creo que ambos proyectos tienen potencial, sin embargo, uno carece de recursos y el otro de progreso— tomo un trago de agua y nos volvió a mirar a cada uno, antes de continuar— creo que podemos usar los recursos de la compañía Marshar en el proyecto progresista del grupo corporativo Richieri— finalizo y nos observó.

Marcus hizo más fuerte el agarre en mi brazo, estaba a punto de lanzar un

vociferado y muy contundente grito, pero el niño bonito me interrumpió.

—Me parece buena idea— dijo sonriéndome.

Esa sonrisa me daba una pauta peligrosa, pero hice caso omiso.

—Por mi está bien— dije arrastrando las palabras y apretando mis dientes con fuerza para no gritar.

Sasiolli se levantó.

—Muy bien, en treinta días nos volvemos a encontrar, para ver como quedo el proyecto unificado— dijo sonriente y se fue.

— ¿Ya se fue? — le pregunté a Marcus, haciendo impulso con mis pies.

—Espera...— me dijo y luego de un eterno minuto me soltó el brazo— ¡Dale! — me dijo.

Yo me tiré encima del idiota con un gruñido audible.

— ¿Qué te pasa loca? — grito el niño bonito, cayendo al suelo, conmigo encima.

— ¡Ni te creas que compartiré mi proyecto contigo! — le dije y le arañé el cuello con mis uñas postizas.

— ¡Pues no tienes opción! — me dijo agarrándome del pelo, para evitar que lo mordiera.

— ¡Claro que la tengo! ¿Acaso no sabes quién soy? Puedo destruirte con un chasquido de dedos— le grité y le saqué un botón de la camisa, a puro manotazo limpio.

—Pues inténtalo, pero si yo caigo, tú caes conmigo— me respondió con astucia y me agarro por una de mis muñecas.

— ¿Así? ¿Y qué harás? — le pregunte de forma burlesca, acomodándome el pelo y la ropa, aún seguía encima de él.

—Mostrar esto, estúpida— me dijo y me mostró una tarjeta de memoria que saco de su celular— está grabado todo tú griterío de loca desquiciada— me aclaró y se tragó la tarjeta.

Grite en su cara y lo intente ahorcar.

— ¡Suficiente! — dijo Marcus deteniéndome, justo a tiempo.

Yo asentí y me levanté, me acomodé de forma elegante y lo mire.

—No sabes con quien te has metido— le dije y me fui.

—Ni sabís con quien te has metido— repitió el niño bonito haciéndome burla, pero lo ignoré y salí de la sala.

1.9 Intereses personales

Marcus saco su laptop, sabía lo que estaba investigando.

—Nick Marshar, 28 años, argentino...— dijo concentrado.

— ¡No quiero saber de él! — le dije, acelerando el auto.

—Desconoce a tus amigos, conoce a tus enemigos— me recordó una frase típica de mi padre.

Marcus era el único empleado de la empresa, que había conocido a mi padre. Era la razón de porque le tenía un aprecio especial.

—Bien, continúa— le respondí, tras un largo suspiro.

—fortalezas, Astucia, inteligencia, observación— se quedó en silencio.

— ¿Debilidades? — le repliqué, era lo único que me interesaba saber, para poder destruirle.

—Mujeres...— me dijo sin mirarme, concentrado en su laptop.

— ¿Mujeres? — ¿A qué se refería con eso?

— ¡Muchas mujeres! — aclaró con énfasis.

—Puedes ser más claro— le respondí tajante.

—Le gusta, cambiar de mujer cada máximo tres meses, y tiene dos o tres mujeres en un mismo tiempo— me dijo y esta vez sí me miró.

— ¡Estúpido! — dijo Morena, mirando por la ventana.

Ambos con Marcus la miramos sorprendidos, ella nunca hablaba, ni mucho menos se metía en nuestras conversaciones.

Yo recordaba, que alguna vez, ella me había confesado de algún tipejo que la engañó cruelmente en el pasado, pero nunca le había prestado atención a ello.

«Nick Marshar»

Salí enfurecido del edificio, esa loca me había roto la corbata, la camisa y los lentes, pagaría por ello.

Me subí al auto, sentía el olor de su horrible perfume, necesitaba bañarme con urgencia, para quitármelo de encima.

Llegue al pent-house.

Camila me estaba esperando, había olvidado que le había dicho que viniera a esperarme.

Maldije por lo bajo y sin saludarla me fui al baño.

No importaba cuanto me reflejará con el jabón, el horrible perfume no se me iba de encima, parecía que se quedaría impregnado en mis fosas nasales para siempre.

Salí resentido del baño y me coloqué una nueva camisa.

— ¿Te encuentras bien? — preguntó inoportunamente Camila.

—Si de maravilla— le respondí con sarcasmo.

Ella miro al suelo, sabía que la había lastimado, pero me daba igual.

No podía dejar de pensar en esa maldita mujer, la odiaba con todo mí ser.

De lo único que estaba seguro es de qué la haría pagar toda su maldita existencia.

— ¡Ven aquí! — le ordené a Camila.

Ella se acercó, como siempre tímida.

El agarre del brazo y le arranqué el vestido.

—EL sexo no te ayudará a acabar con la perra— me recordó mi cabeza.

—Pero me ayudará a enfriar las ideas— le repliqué

La penetre sin aviso y ella se quejó, le dolía porque no estaba lubricada, pero hace mucho había dejado de sentir afectó por esas criaturas insignificantes, llamadas mujeres.

El día que el hombre encontrará la forma de auto reproducirse, ya no serán necesarias y nos podríamos deshacer de ellas.

Solo causaban problemas.

«Camila Lírica»

Cuando abrí los ojos, él ya no estaba allí.

Hice una mueca, una punzada de dolor me atravesó el cuerpo desde mi intimidad.

—Algo le ha sucedido— disparo mi cabeza.

Yo asentí, eso era seguro, Pero ¿qué?

Me levanté y me fui al baño.

Fue cuando percibí ese perfume por primera vez, poco sabía yo que me ese olor me perseguiría como el mismo lucifer.

Me dejé guiar, por la estela invisible olor a avellana y frutos rojos, hasta el montón de ropa de Nick, acurrucada en un rincón.

—Extraña forma de dejar la ropa, para alguien tan perfeccionista— observó mi cabeza.

Era literalmente un bollo en un rincón del baño.

La corbata estaba por la mitad.

— ¿Pero y qué le paso a este hombre? Lo ataco un león ¿Oqué? — dijo mi cabeza, tan confundida como yo.

La camisa estaba rota y tenía algo que llamo mi atención. Un pelo, pero no cualquier pelo, castaño y con ondas.

— ¡Eso no es nuestro! — aclaró mi cabeza.

Me mire mi cabello, perfectamente lacio y rubio.

Hice una mueca y me levanté seria.

— ¡Hora de jugar! — dijo mi cabeza.

Yo asentí en silencio y me miré al espejo, mi cara de demonio en pinta, hasta a mí me daba miedo.

No podía permitir que ninguna mujer, enamorara a Nick, él sería mío, o lo mataría.

1.10 Clara Luver

«Nick Marshar»

Estaba sentado en mi despacho mirando fijamente hacia la pared.

—Buenos días— dijo Verni entrando sin mirarme, al notar mi silencio me observó un momento— bueno no parecen muy buenos.

—La voy a matar— dije pensando en voz alta.

No lograba quitarme a la ahora socia de proyecto que tenía, de todas las mujeres del mundo, justo tenía que ser ella.

—No creo que sea para tanto...— me dijo Verni, restando importancia al asunto.

Estaba a punto de pegarle cuando recordé que él ignoraba todo lo sucedido en la reunión con Sasiolli.

Seguramente creía que estaba hablando de alguna de mis aventuras amorosas.

— ¿Conoces a Rebeca Richeri? — le pregunté.

Verni puso una cara como si le hubiera mencionado al mismo lucifer.

—No me digas que te metiste con ella devuelta— me dijo horrorizado.

—Ni, aunque fuera la última mujer en el planeta— le dije chistando con la lengua en los dientes.

Verni lanzo una bocanada de aire con drama incluido.

— ¿Y bien? ¿La conoces? — le dije con fastidio, odiaba sus escenas dramáticas.

—Es la heredera de Arnaldo Richeri y es una fotocopia de su padre, literalmente hablando— me dijo Verni.

Yo solo había tenía una ocasión con Arnaldo Richeri, fue cuando recién empezaba mis negocios en el mercado, hace 10 años, le odiaba por su hija y por su maldita traición.

En ese entonces, ya tenía fama de ser arrestado y estricto, todos le tenían miedo y respeto, incluyéndome.

—Crio a su hija con un único objetivo— siguió Verni, con la mirada pérdida en algún punto de suelo.

— ¿Cuál? — le pregunte.

—Expandir el imperio Richeri— me respondió, mirándome fijamente.

— ¡Mierda y más mierda! — insulte desahogándome en un grito.

Lo único que me faltaba era tener que enfrentarme a una loca de mi maldito pasado, que encima se asemejaba en poder conmigo.

Yo solo había tratado en los últimos 10 años, con mujeres de menor categoría económica, mis herramientas de conquista quedaban obsoletas con esa mujer de rulos castaños y ojos negros, que alguna vez había amado.

La última mujer con la que había estado, que se podía comparar con ella era... Negué con la cabeza, no quería pensar en ella ahora mismo.

«Rebeca Richeri»

Cuando llegamos a la oficina, me senté en mi sillón de cuero negro y

barandal de metal dorado y lo miré fijamente.

— ¡Ya dilo! — me dijo Marcus, sabiendo lo que le diría.

— ¿Qué posibilidades hay de meterlo en un avión y tirarlo en el triángulo de las bermudas? — le pregunte, pensando muy seriamente en esa posibilidad.

— ¡Nulas! Pero podemos hacer algo mejor— me dijo Marcus sonriendo.

— ¿Así? — le pregunte curiosa.

— ¿Hace cuánto que no visitas a tú amiga Clara Luver? — me preguntó Marcus mirando su Tablet.

— ¡No! ¡De ninguna manera! ¡Me niego! — le respondí levantándome de golpe de mi asiento.

No volvería a verle la cara a esa zorra malparida y traicionera.

—Todo negocio tiene su precio Rebi— me dijo Marcus.

—Clara es una deuda saldada— le aclaré, recordando mi venganza por su traición hace 11 años atrás.

—He oído que está en bancarrota— siguió insistiendo Marcus.

— ¡No me importa! — le dije enojada.

—Tiene que...— me insistió y esta vez hizo esa mirada que conocía muy bien.

— ¿Por qué? — le pregunte desconfiada.

—Es la mayor debilidad de nuestro niño bonito— dijo Marcus sonriendo con malicia.

Amaba a Marcus y sus juegos de poder, sería mi heredero cuando yo estuviera muerta, porque no planeaba tener mocosos llorones como herederos del imperio Richeri.

1.11 Mi Karma

Estaba caminando por la acera repleta de nieve.

Iba a ser un invierno frío, resople angustiada, tendría que juntar leña para la estufa, antes de que se mojé con la helada.

Estaba concentrada en mis pensamientos, cuando noté esa figura, alta, esbelta e imponente. Parada justo al frente de la casa, que el gobierno me había dado como refugio. Sabía quién era, su sombra era inconfundible.

— ¿Rebeca? — pregunté, más por curiosidad que por duda.

—Clara Luver, tanto tiempo— me respondió, torciendo el labio en un gesto de desprecio.

—Nunca me desacere de ti ¿Verdad? — le pregunte, sinceramente agotada.

—Debiste pensar en eso antes de traicionarme— me respondió sería.

— ¡El amor nunca traiciona! — le aclaré

— ¿amor? — Me preguntó y lanzo una carcajada— ¡Tú no sabes lo que es el amor! — término diciendo.

Entre en la casa y me senté en mi viejo sillón, algo desgastado por los años y la humedad.

Rebeca observo todo el pequeño ambiente con asco.

—Si no te gusta te puedes ir— le dije molesta por sus gestos.

—Ya quisieras— me respondió, parándose adelante mío con las manos en las caderas.

— ¿Recuerdas a un tal Nick Marshar? — me preguntó de forma directa.

Yo la mire algo desconcertada y luego recordé lo del accidente hace 11 años y resople.

—Algo recuerdo... Pero...— le iba a decir la verdad cuando apareció Marcus en la entrada y me miro con cara de pocos amigos, ese tipo me daba miedo, mucho miedo.

— ¿Pero? — Insistió Rebeca.

—Pero realmente te importa que lo conozca— le dije desviando la mirada de Marcus y mirando a la que había sido mi mejor amiga en el pasado.

—Tú no harás preguntas y obedecerás órdenes— me aclaró.

Yo asentí y ella se fue, Marcus se me acercó a centímetros de mi cara.

— ¿Cuándo le dirás? — le dije fingiendo una sonrisa.

—Limítate a hacer silencio...— me dijo alejándose y antes de salir me miro a los ojos—... Por tú bien— finalizo y se fue.

Una vez las visitas no deseadas se fueron, resople en mi sillón.

Todo lo que yo había hecho 10 años atrás había sido para salvar a mi familia.

Y al final, no solo destruí lo que más amaba, sino que me hice a una enemiga muy poderosa y peligrosa.

—Estas son las consecuencias de tus actos— me recordó mi cabeza.

Yo asentí lentamente, agarrándome la cabeza. Sabía que todo lo que me sucedió y sucedía eran mi karma.

Una semana después, Marcus me vino a buscar.

— ¿Y bien? ¿Qué debo hacer? — le dije de forma directa, no quería tratar con él.

—Primariamente comprarte ropa— me respondió y me agarró del brazo.

— ¡Oye! ¿Qué haces? ¡Suéltame! — le grite, pero por más que lucharé, él logro arrastrarme al auto.

— ¡Súbete! — Me ordenó, yo mire mi casa y él me volvió a gritar— ¿Acaso te has vuelto sorda? — pegue un salto y me subí rápidamente a su auto.

Me llevo a un shopping y me obligó a comprar ropa, elegante y refinada.

Me mire al espejo con desprecio, no usaba ropa de este tipo desde... Hace muchos años, cuando aún era la amiga de Rebeca.

Salí del cambiador con el vestido cortó y apretado.

Marcus se había sentado en uno de los sillones de la tienda con su laptop.

Me preguntaba si alguna vez dejaba de hacer cálculos, sospechaba que todo en la vida, él lo resolvía con matemáticas.

— ¿Qué es lo que tengo que hacer exactamente? — le pregunte desconfiada.

1.12 Somos iguales

«Clara Luver»

Marcus me miro con cara de pocos amigos, me chocaba su actitud sobradora, siendo que habíamos salido de la misma basura los dos.

—Te vez como una puta— me dijo mirándome de arriba abajo.

—Te recuerdo que tú has elegido está ropa...— suspire con pesar—... Me iré a cambiar— finalice, de todos modos, no me gustaba ese vestido, era demasiado corto.

— ¡Es perfecto! — eso hizo que lo mirara desconcertada.

Él me ignora y se dirigió a la salida.

— ¡No! ¡Espera! — le dije agarrándole el brazo.

Él me miro con los ojos inyectados de odio y miro su brazo, aun atrapado entre mis manos.

Yo lo solté agachando la cabeza.

— ¿Qué quiere ella que haga? — le pregunte en un susurro.

—Harás lo que se te ordene— me dijo tajante y se fue acomodándose el traje.

—Tengo derecho a saberlo— le grite desde mi lugar.

— ¿Tú? ¿Derechos? — Me respondió riendo desde la entrada de la tienda— te quedaste sin derechos cuando decidiste traicionar a Rebeca— dijo tajante.

—Tú bien sabes que esas nunca fueron mis intenciones— le aclaré mirándolo fijamente.

—Yo solo sé que te metiste en la cama del prometido de tu entonces mejor amiga— me dijo sosteniéndome la mirada.

—Sabes muy bien que seguía ordenes de...— el solo hecho de recordar a esa persona me hería por dentro, había sido el causante de todos mis

males.

—Cada quien teje su propio destino— me respondió acercándose.

—Tú también seguiste sus órdenes, has pensando que harás cuando ella lo descubra— le pregunte mirándolo a los ojos.

—Ya tengo mi futuro asegurado ¿Y tú? — me respondió con una sonrisa.

— ¡Esto es una mierda! — balbucee indignada.

— ¡Acostúmbrate! No hay más opciones— me aclaró y se fue.

Yo lo seguí en silencio, lamentablemente Marcus tenía razón. En este mundo, al nacer, tenías dos oposiciones, o eras rico o eras pobre.

Si tenías la desdicha de ser pobre, solo una opción te quedaba, obedecer al rico, no importa la edad que tuviera, si era flaco, gordo, alto o petiso, vos debías obedecerle y pasar la vida bajo su sombra.

Sino hacías caso, ellos te destruían, a ti y a todos tus seres queridos, sufrirías la opresión del millonario el resto de tú vida.

Pero aún quedaba una opción, si eras inteligente harías todo lo que el rico te ordenara y ahorrarías todos esos beneficios que él te daba, una vez tenías una herencia contundente, tú serías el rico y darías órdenes, tal y como hizo Marcus. Pero de más está aclarar que pocos lograban hacerlo, porque en el proceso, sin duda, perdías tú alma.

Llegamos a un enorme edificio vidriado, tenía por lo menos diez pisos y un jardín parqueado.

— ¿En dónde estamos? — pregunte curiosa.

— ¡Bájate! — me dijo Marcus.

Yo lo mire desconcertada.

— ¿Qué? — atiné a responder.

—He dicho que te bajes— me repitió Marcus enojado.

—Pero ¿Y qué debo hacer aquí? — le dije nerviosa.

—Pronto lo sabrás— me dijo con una sonrisa extraña.

Yo me baje confundida y desorientada, ni siquiera sabía dónde estaba.

Me quede un momento en la vereda, esperando, no estaba segura que, pero espere un buen rato.

Luego camine con las piernas temblorosas a la entrada del edificio y entre. No sé qué debí parecer, pues miraba hacia todos lados sin disimular mi confusión y asombro.

Era un lugar elegante, por donde lo vieras, con lámparas colgantes de cristal, jarrones de mármol pintados a mano con flores exóticas de colores llamativos, alfombras y sillones de cuero lustrados a mano, muebles de algarrobo.

Estaba embobada viendo todo, cuando note esa figura bajando las escaleras mecánicas. Había alguien detrás, pero yo solo podía verlo a él, aunque habían pasado ya muchos años, lo reconocería siempre.

Nick Marshar, el primer eslabón de mi decadencia.

1.13 Declaraciones de guerra

Inmediatamente, como si mi cuerpo hubiera activado algún mecanismo de defensa automático, corrí por el enorme recibidor y me escondí detrás de un jarrón.

No podía verme, pero de seguro estaba pálida y temblorosa, habían pasado muchos años desde la última vez que lo vi, y no, no había sido una experiencia precisamente buena.

—Quiero que me consigas una reunión con él, lo necesitamos para avanzar con el proyecto— escuché que le dijo al hombre que lo seguía detrás.

—Pero él no nos quiere ver— le respondió éste.

— ¡No me importa! Consigue la reunión— encima de todo, estaba de mal humor ¿Podía ser peor esta situación?

Él paso por adelante del jarrón donde yo estaba escondida sin darse cuenta de mi presencia, yo suspire aliviada pero mi alivio duro poco, sin querer me apoye en la columna que sostenía el jarrón y este se balanceó hasta caer al suelo, dejando un charco de agua y flores desperdigadas por las baldosas de color kaki.

Él se giró al escuchar el estruendoso ruido del jarrón al caer.

Miro el suelo y luego a mí.

Su cara se fue transformando paulatinamente desde la confusión del primer momento hasta el reconocer quien era yo y volverse sombría, oscura, llena de odio.

— ¿Clara? — preguntó, más por curiosidad que por confirmación.

—Yo...— ¿Qué le iba a decir? Me mando Rebeca a ¿A qué? Ni siquiera sabía a qué.

Mi instinto cobarde se despertó en ese instante y salí corriendo hacia la primera puerta que encontré, sin siquiera ver a donde iba.

Sentí su mirada intensa seguirme, pero no le hice caso, debía huir de allí, le tenía más miedo a Nick que a Rebeca, o tal vez un poco a ambos.

«Nick Marshar»

Lorenzo Quieres me había vuelto a rechazar la audiencia, sabía que esto era cosa de esa maldita mujer.

Últimamente todo me salía mal y no, no era normal que todo saliera así.

Mi proyecto necesitaba de la ayuda logística de Lorenzo, y este nunca se hubiera atrevido a ignorarme en el pasado, pero algo era seguro, el nombre de Richeri pesaba más que el mío, no por esa niñata tonta, sino por su padre, el temido y detestable Arnoldo Richeri.

Todos le tenían miedo y odio, pero nadie nunca dijo nada por miedo, porque quien estuviera en contra del imperio Richeri, casi siempre terminaba en quiebra.

Yo por años fingí cariño por Arnoldo, pero por dentro mi alma se carcomía en odio y deseos de venganza. Aunque no tuviera pruebas, sabía que él era el artífice de mi desdicha en el pasado.

Le ordene a Verni que lograra una reunión con Lorenzo Quieres lo antes posible, mis puertas se estaban cerrado gracias a la declaración de guerra que esa maldita y detestable Rebeca había hecho en los medios hace una semana.

Que todos odiaran a Arnoldo no significaba que se pusieran en contra de su imperio, el miedo y la avaricia podían más que los deseos de venganza,

eso bien lo sabía yo.

Pero si mi destino era ser destruido por el imperio económico más grande del mundo, le daría pelea hasta el final, como un digno enemigo.

Estaba escuchando los miles de pretexto de Verni sobre no lograr conseguir la audiencia con Lorenzo, cuando escuche el ruido ensordecedor del jarrón al caer al suelo.

Me di vuelta imitando a todos los presentes. Uno de mis jarrones chinos de edición limitada, yacía en el suelo partido en miles de fragmentos, el agua que contenía era de un manantial de aguas termales, cada semana traían lo suficiente para llenar cada jarrón del salón, nueve en total, ese era mi número de la suerte según la numerología y tan mal no me había ido, por eso no era de extrañar que todo aquí fuera siempre en cantidades de nueve.

Las flores que decoraban el jarrón y que ahora habían quedado desperdigadas por el suelo de color kaki, eran las Neomarica northiana, una extraña flor de origen brasileño, no estaban allí por casualidad, yo nunca dejaba nada al azar, esas flores eran las favoritas de esa única mujer que ame con locura, en esos tiempos yo era capaz de recorrer el mundo para encontrar esa flor. Ahora solo eran un frío recuerdo de ese pasado, un recuerdo que me hacía saber que no debía caer en las garras de ninguna mujer nuevamente.

1.14 El titiritero

Mire al responsable de tal acto.

Al ver esa figura desnutrida, poco agraciada, pálida y temblorosa. Todos los recuerdos de mi pasado hicieron paso en mi mente. Amor, prometida, padre detestable, planes ocultos, traiciones, odio y venganza, accidente, separación.

Aunque no podía ver mi rostro, sabía que seguramente se había transformado lentamente en odio y rencor, por la figura escuálida que tenía en frente mío porque ella era una más de los títeres del artífice que planeo mi caída, era a él a quien odiaba y deseaba que estuviera retorciéndose en su tumba.

— ¿Clara? — atiné a preguntar, sentía la boca pastosa y me ardía la garganta.

No podía evitar ver las flores en el suelo, el agua derramada y el jarrón roto, nada pasaba al zar en esta vida y que fuera ella precisamente quien

había provocado ese accidente en mi recibidor, me daba la pauta que tiempos oscuros se avecinaban nuevamente.

Ella solo emitió un tímido y silencio "Yo" y luego intento huir metiéndose en una de la sala de reuniones. No había salida allí.

Me dirigí hacia a donde había corrido Clara en su intento fallido por huir de mi presencia.

La encontré intentando esconderse en un armario lleno de objetos de oficina.

— ¿Qué haces aquí? ¿Ella te mando? — le pregunte, sabiendo que la respuesta era positiva.

Ella me miro aterrada y luego de un momento eterno asintió lentamente.

—Era de esperar que siguiera los pasos de su padre, después de todo él sí logró destruirme una vez con el mismo plan— le respondí sonriendo, al menos ya sabía que planeaba hacer la estúpida enemiga que tenía.

Clara volvió a negar varias veces sin hacer contacto visual conmigo.

— ¿Qué es lo que niegas? Aunque intentes protegerla no lo lograras, se cómo...— le comencé a decir.

— ¡Ella no te recuerda! — me interrumpió, esta vez sí mirándome a los ojos.

Eso me desconcertó, aunque ya sospechaba que algo le había pasado en ese accidente, por la forma que me trato en la reunión de Sasiolli, pensé que había actuado su evidente desconocimiento hacia mi persona, pero la verdad era... Que no me reconocía realmente.

— ¿Y a ti sí? — le pregunte desconcertado, ¿Como se suponía que la reconocía a clara y a mí no?

—Creo que fue parte del plan— me respondió la rubia escuálida que tenía en frente.

En ese momento me sentí un idiota, era obvio que todo esto era parte del plan de el artífice, que su hija sufriera un accidente y se olvidara de su prometido, pero no de su amiga, porque si no hubiera perdido un títere valioso.

—Recuerda lo que sucedió entre...— no podía terminar la frase, aún me dolía en el alma lo que había sucedido esa noche, fue el detonante de no

infierno en vida.

—No, solo recuerda que yo me acosté con su prometido, pero no recuerda quien era exactamente— me aclaró Clara de forma pausada, como si intentara amortiguarme el golpe de la verdad.

Clara Luver, no era una mala persona, solo era una víctima más de esta cadena de sucesos planeados por un artífice con demasiado poder, lo suficiente para controlar el mundo a su maldito antojo.

Ahora entienden porque no creo en las casualidades, nada en esta vida sucede al zar. Un grupo de poderosos controla cada suceso que en este mundo debe ocurrir, enfermedades, desastres "naturales, incluso genocidios. Todo planeado estratégicamente por alguien, y ejecutado por otros miles de títeres.

Yo había pertenecido a esos títeres, fue así como conocí a la única mujer que amé en mi vida, Rebeca Richeri una mujer que además está decir en ese momento me era inalcanzable.

Por esas cosas de la vida yo también le gustó a ella, nos amamos como dos locos en contra de la corriente, ella me hizo olvidar mi posición de títere de su padre y me dio un valor muy alto.

Su padre, la corriente, el artífice, se dio cuenta de nuestro amor. Al diablo no le hables de amor porque le da alergia. Nos intentó separar, me envió lo más lejos de su hija que pudo, pero ella me siguió.

—Te prometo que te seguiré hasta el fin del mundo Nick— fueron sus palabras al verme nuevamente.

Su padre enfureció por esa decisión de su hija, yo sabía que eso solo era el comienzo de la tormenta.

1.15 Arnoldo Richeri

Arnoldo Richeri nunca dejaría que su hija se juntara con la escoria del mundo, porque así era como nos veía a nosotros, la gente común.

Amenazo a su hija, Rebeca por desgracia había heredado el carácter de su padre. Y digo por desgracia porque si ella hubiera obedecido nada de lo demás hubiera pasado. Pero Rebeca se comprometió conmigo y le dio un mes a su padre para aceptarme como parte de su familia.

Arnoldo me miro, esa mirada nunca me la pude olvidar, yo conocía bien a ese demonio, sabía lo que era capaz de hacer, incluso con su propia hija,

porque ya lo había hecho en el pasado con su primogénito.

Intente convencer a Rebeca de que deshiciéramos el compromiso, su padre jamás me aceptaría.

— ¿No me amas Nick? — me preguntó acongojada.

—Por supuesto que te amo, pero él te hará daño, nunca aceptará este compromiso— le intente explicar desesperado.

—No te preocupes, papá no es malo— me dijo sonriendo y quitándole importancia a mis advertencias.

En ese tiempo ella era inocente y no podía ver a su padre como una amenaza, incluso creo que ignoraba la existencia de su hermano mayor, Arnoldo se había asegurado de todo, como siempre.

Yo pase cada día soñando con la macabra sonrisa de Arnoldo, así hasta que quedaban siete días para la supuesta boda que nunca se realizó.

Esa fatídica noche, Clara vino a verme, supuestamente Rebeca la había citado para hablar de los últimos detalles de la boda. Recibí una llamada de Arnoldo cuando atendí, Clara colocó una grabación con ella gimiendo y gritando mi nombre.

— ¿Qué haces? — intenté detenerla.

Y escuche la voz cortada de Rebeca del otro lado de la línea.

— ¿Nick? — luego se escuchó un ruido seco y la llamada se cortó.

Yo intente volver a llamarla, pero ya el número no daba, se había desconectado, o roto.

—Lo siento— me dijo Clara en un susurro— son órdenes— termino diciendo y se fue.

En ese momento entendí, que incluso las personas más cercanas pueden traicionarte, Clara era la mejor amiga de Rebeca, una persona de "confianza" pero Arnoldo había logrado que incluso ella conspirara contra nosotros dos.

El resto fue muy rápido.

Rebeca Richeri sufrió un accidente.

Su auto choco contra un poste.

Dio varias vueltas en la carretera.

Internada en terapia intensiva.

—Debes irte— escuche su voz detrás mío.

— ¿Era necesario? — le pregunte sabiendo quien era.

—Ella no quiso entender— me respondió de forma fría.

— ¡Es su hija! — le grite en la cara.

—Hijos puedo seguir teniendo, incluso más obedientes que ella— me dijo sin siquiera inmutarse por mi acusación.

—Si ella muere yo...— le comencé diciendo con los dientes apretados.

— ¿Qué harás? — me ínsito con la mirada fija en mis ojos.

— ¡Lo mataré! ¡Juro que lo haré! — le grite.

—Buena suerte al intentarlo— me respondió con una sonrisa.

Fue la última vez que lo vi, el resto es historia, una con un final triste y desolador.

Ahora tenía en frente mío a una de sus títeres, pero está vez las cosas eran diferentes. Yo no tenía 18 años, no era pobre y ella no era manejada por Arnoldo, sino por Rebeca, la mujer que había amado y que incluso había amenazado a su padre con la muerte si le hacía algo malo, a su padre, al gran Arnoldo Richieri, al que todos temían con vehemencia.

1.16 Enfrentamientos

«Nick Marshar»

— ¡Bien vamos! — le dije tajante y la agarre del brazo.

—No, Nick, no entiendes, me matara si nos ve juntos— me insistió Clara intentando liberarse de mi agarré.

No estaba en el mejor momento para escuchar razones, la ignoré y arrastre por todo el recibidor y estacionamiento.

—Escúchame Nick, no quiero morir— me rogó Clara visiblemente preocupada.

—Y no lo harás— le aclare y la tire dentro del auto.

Lo único que pasaba por mi cabeza eran todas las humillaciones de Arnoldo, cada una de esas escenas donde por ser de menor categoría social, el artífice me recordaba que él era mi dueño, que de él dependía mi vida.

Pero ahora no, ya no.

Llegué al edificio de la corporación Richieri y saqué a la rastra a Clara. O esta mujer tenía mucha fuerza o mucha adrenalina porque me costaba llevarla por los pasillos, era un peso muerto.

— ¡Camina Clara! — le grite.

— ¡No quiero entrar! — me respondió también a los gritos.

Marcus, el fiel protector de Rebeca, o eso parecía, salió de la oficina presidencial aturdido por los gritos.

— ¡Con permiso! — le dije empujándolo.

—Te dije que no funcionaría— le dijo clara llorando.

Esos dos se conocían de antes, no tenía pruebas, pero tampoco dudas.

Rebeca me miro desconcertada al verme entrar con una Clara despeinada, con la ropa arrugada y un tacón roto.

— ¿Que significa esto? — dijo con voz alta, levantándose de su escritorio.

—Eso mismo me pregunto yo— le respondí serio.

Ella no dijo nada y yo aproveche a continuar mi explicación.

— ¿Qué creías Rebeca? ¿Qué Clara era mi debilidad? O tal vez mi ¿Maldición? — le dije mirando a Clara, estaba escuálida, blanca y temblorosa.

— ¡No sé de qué está hablando! — me dijo Rebeca conteniendo la furia.

— ¿A no? — le respondí sonriente.

Ella dudo un momento y vio a Marcus.

—A ti no te conozco— le dije a Marcus— pero de seguro eres uno más de los títeres de Arnoldo ¿Verdad? — le pregunté.

Él no respondió, pero el cambio en sus facciones me confirmó la pregunta.

—Mi padre no tenía títeres ¿Te has vuelto loco? — me dijo tajante Rebeca.

—Sh, sh, sh, haz silencio que están hablando los adultos— le respondí con sarcasmo y luego Sonreí— o mejor dicho los que no perdieron la memoria— aclaré mirándola fijamente.

Ella cambio sus facciones a una muy clara confusión.

—Yo creo que deberías remover un poco ese accidente Rebi— le dije caminando de un lado a otro en su oficina— Nunca te preguntaste ¿Quién era tú prometido? — le pregunté y me detuve en un enorme cuadro de Arnoldo.

—No me interesa saber de un perdedor como él, y le pido que no se meta en mi vida personal señor Marshar— escuche que me dijo, parecía que se estaba sosteniendo del escritorio.

—Asegúrate de siempre pensar con la cabeza y no con los pies, porque si piensas con los pies harás pasos apresurados sin inteligencia— recordé una frase de Arnoldo, una de esas muchas que decía con la sabiduría que le diablo le había dado.

—Veo que leyó los escritos de mi padre— me dijo Rebeca sonriente.

— ¡Nunca! — Le aclaré mirándola— pero no hace falta leer la biblia cuando conociste al demonio a la cara— le respondí sonriendo.

— ¡Como te atreves a decir eso de mi padre! — me dijo gritando y se me acerco a golpearme.

Yo la detuve de ambos brazos y le susurré.

—Veo que ya no tienes las hermosas pecas de tú juventud Rebi— luego me alejé con las manos en los bolsillos, caminando lentamente hacia la salida.

1.17 Fragmentos y más fragmentos

«Rebeca Richieri»

Él había mencionado mis pecas, hace nueve años me las había operado porque no me gustaban como me quedaban.

Lo poco que recordaba de aquel hombre que en teoría había amado con locura, era que le gustaran mis pecas. Porque nos habíamos conocido en las frías tierras pampeanas de Argentina, donde las temperaturas no superan los 30 grados centígrados. En esas llanuras interminables de campos, tras campo.

Por más que me esforzara por recordar quien era, él siempre había sido un misterio para mí.

Solo recordaba detalles o vagos recuerdos de mi vida anterior al accidente, fragmentos que no tenían conexión unos con otros, pero su rostro, no, no lograba recordarlo.

Cuando mi enemigo se fue de mi oficina dejando a la estúpida de Clara aquí, mi cabeza había quedado en shock, toda una montaña de dudas y fragmentos del pasado se amontonaban en mis pensamientos.

— ¿Estas bien Rebi? — escuche decir a Marcus e intento acercarse a mí, yo lo detuve con una mano y eso fue suficiente para que se quedara en su lugar.

Caminé lentamente a mi sillón y me senté allí a acomodar mis ideas.

— ¡Déjenmesola! — ordene y ambos se fueron.

“No hace falta leer la biblia, cuando conociste al demonio a la cara”

Recordó mi cabeza las crueles palabras de Nick sobre mi padre.

¿Lo conocía? ¿Alguna vez había estado con él? Y siendo así ¿Cuándo fue eso? No lo recordaba en estos últimos diez años, antes del encuentro de Sasiolli, para mi Nick era uno más de esos medianos empresarios con deseos de grandeza. De hecho, parecía que él mismo no deseaba tener contacto con la firma Richieri, cuando todos se disputaban por nuestro interés, él jamás dio intenciones de querer algo con nosotros. Incluso

estaba tan recio a trabajar conmigo, como yo con él.

Debió a haber conocido a mi padre antes del accidente, pero ¿Cuándo? Y ¿Por qué lo odiaba tanto? ¿Qué es lo que había sucedido entre ellos dos?

Tenía acaso algo que ver mi ex prometido con todo esto.

—Envié a Clara a su casa— me dijo Marcus entrando a mi oficina.

—Está bien— atine a decir, aún estaba absorta en mis cavilaciones.

— ¿Te encuentras bien? — me preguntó Marcus visiblemente preocupado.

—Necesito remover el pasado— le aclaré mirándolo.

— ¿El pasado? ¿Por qué? — me preguntó, se había puesto nervioso y eso me hacía sospechar aún más en que había algo que yo ignoraba y ellos sabían.

—Tengo que responder— le respondí tajante y me levante de mi escritorio.

— ¿A dóndevas? — me preguntó confundido.

—Hare un viaje, volveré en un mes— le dije y sin más explicación me fui.

—Pero Rebi, el proyecto con Sasiolli— comenzó a decir Marcus nervioso.

—Hablaré con él, no te preocupes, necesito aclarar algo antes— le respondí con una tranquilidad fingida.

La verdad era que estaba muy preocupada por lo que fuera a descubrir en mi viaje. Pero debía hacerlo, por mi bien y el bien del proyecto.

Tranquila Rebeca, eres una mujer fuerte, puedes hacerlo, haz hecho cosas más peligrosas, me repetía a mí misma. Mi pasado era algo que había enterrado hace ya muchos años y no, no tenía las menores ganas de desvelarlo.

Respire hondo y me subí al jet privado, sabiendo que cuando volviera las cosas serian diferentes, muy diferentes.

1.18 El rancho Richieri

«Nick Marshar»

Me fui de la oficina de Rebeca sabiendo que había plantado una bomba, que más temprano que tarde explotaría, dejando a más de uno en una muy mala posición.

No tardaron muchos días para verse las primeras señales de la tormenta que se avecinaba.

—En otras noticias, la presidente del imperio Richieri ha anunciado esta mañana su salida al extranjero por motivos de salud— anuncio una periodista en el canal de noticias económicas mundial.

Yo Sonreí satisfecho por mi cometida, se podía sentir el olor a humedad de una tormenta que se acercaba.

— ¿Por qué sonríes cielo? — me preguntó Camila, ignorante de todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor.

Me daba pesar mujeres como ella, que no podían ver más allá de sus propias narices, por eso a la única mujer que había amado era a Rebeca. Su personalidad ilustre, observadora, inteligente y extremadamente astuta había hecho sucumbir a mi pobre corazón. Y no estaba seguro si me había curado de ese hechizo después de tantos años.

—Nada belleza, solo me ha causado gracia la noticia— prefería que Camila siguiera ignorante de la situación.

Sabía que ella era todo menos inocente, si se enteraba de Rebeca sin dudarlo se metería en medio y está última la vencería sin mucho esfuerzo. No era que me importara el bienestar de Camila, pero prefería no agregar víctimas innecesarias al conflicto.

Me levanté completamente desnudó y me fui al baño, debía organizar todo en la compañía.

Si todo salía de acuerdo a lo planeado, debía preparar a mi equipo para recibir a nuestro querido invitado de honor.

«Rebeca Richieri»

Cuando baje del jet privado, mire a mi alrededor, la pampa argentina era

un lugar que aún gozaba de una tranquilidad deseada por muchos.

A mí me ponía más nerviosa el no escuchar ruidos de ciudad, porque me traía recuerdos del pasado que no estaba segura si quería recordarlos.

Cuando iba caminando por la pista de aterrizaje hacia el pequeño edificio aeropuerto privado de papá, deslumbré a la distancia a Carlos, el fiel mayordomo de mi padre, treinta años sirvió con fidelidad y obediencia en el rancho familiar, prácticamente me vio crecer.

Un fragmento se despertó en mi cabeza, una versión mía de niña parada junto a Carlos en el enorme vidriar del pequeño aeropuerto, despidiendo a mi padre que se iba a otro viaje de negocios.

—Buenos días Señorita Richieri, esperó tuviera un excelente viaje— me recibió Carlos con una sonrisa, hace diez años que no pisaba estas tierras.

—Buenos días Carlos, gracias por suerte fue un viaje tranquilo— respondí más por educación que por querer realmente hacerlo.

—Permítame— prosiguió Carlos agarrando mi equipaje y subiéndolo al auto, luego me abrió la puerta del coche para que subiera.

Respire hondo una vez más y me subí en silencio, observe los campos de mi padre con sus interminables filas de trabajadores desde la ventanilla del auto, cuando íbamos llegando al enorme rancho Richieri.

Un nuevo recuerdo se vislumbró, una versión mía de adolescente corriendo con un precioso vestido de flores rojas en tela blanca, alguien me seguía, pero no pude saber quién, yo estaba sonriendo, parecía feliz.

El auto estacionó en las anchas escalinatas de piedra lustrada de color gris, yo baje con la delicadeza de una reina y me acomodé mi capelina de color negro con moño rojo, me coloqué los guantes de tul negro y me alise el vestido rojo pegado al cuerpo.

Una fila de sirvientes me espera, cabeza inclinada en señal de respeto, contemplando en silencio a su señora.

Subí las escalinatas ayudada por Carlos en todo momento, un grupo de sirvientes me seguía silenciosamente con mi equipaje detrás de mí.

Dude un momento, agarre el picaporte de la enorme puerta doble de roble con tallado a mano, y entre a la vieja mansión de mi padre.

1.19 Una obsesión sin explicación

«Camila Lírca»

Estaba convencida de que algo andaba mal con Nick, de un momento a otro su actitud conmigo había cambiado drásticamente y no aceptaría el hecho inverosímil de que simplemente se había aburrido de mí.

En cuanto se fue, espere una hora y me disfrace con el uniforme que me había robado de su oficina hace una semana cuando me pidió ir a relajarlo allí. Me peino y maquillo guiándome por la foto algo desenfocada que la había sacado rápidamente y a escondidas a una secretaria de las muchas que había en ese edificio, una vez lista salí hacia allí.

Entre por la parte de empleados y fingí marcas tarjeta adelante del guardia de seguridad, me fui a los vestidores y esperé a que todos se fueran. Empezaría por ahí que era un poco más obvio.

Una vez estando sola, agarré mi cortapluma y comencé a abrir los casilleros, cuando ya iba por el número diez y a punto de rendirme, encontré una foto de Nick enmarcada en un corazón, el casillero era de la recepcionista principal.

Me dirigí al ascensor de carga con la foto en la cartera y subí al primer piso, la perra estaba atendiendo a un cliente, aproveche su distracción y me metí en la pequeña oficina sin ventanas que tenían detrás de recepción y espere.

En cuanto la estúpida entro cerré la puerta y el apunte con el cortaplumas.

— ¡Ha! ¿Quién eres? — dijo evidentemente asustada.

— ¿Qué es esto? — le pregunte mostrándole la foto de Nick en el cuadro de corazones.

Ella parecía muy avergonzada y mirando al suelo me respondió.

— ¿Dónde lo encontraste? ¡Es mío! —

— ¿Nick te lo dio? — pregunte de forma directa, sin dejar de apuntarla con el cortaplumas.

Ella negó varias veces.

—Yo lo hice a escondidas, ya es sabido que el señor solo ama a una mujer— me dijo mirándome levemente.

— ¿A quién? — insistí acercándome dos pasos para que el cortaplumas le apuntara la yugular.

Ella pegó un salto asustada e intento irse para atrás, pero la pared se lo impidió.

—No sabemos, pero el señor Marshar siempre insiste en colocar todo en números de nueve, al igual que el agua que entra en este edificio es del río Atuel de la Pampa argentina, y las flores son las Neomarica northiana una flor brasileña, el señor es extremadamente cuidadoso con esos detalles, la última vez que un empleado puso agua común en un jarrón, el señor enfureció y le arruino su carrera, su perfección y su familia— dijo temblando— no me mate por favor, juro que no tengo nada con él— me rogó con los ojos cerrados.

Yo resoplé y me fui, era evidente que esta mujer era una más de las tontas que en silencio fantaseaban una noche con Nick. Pero me había dado unas cuantas pistas para saber quién era la que osaba competirme el amor de Nick Marshar.

«Rebeca Richieri»

La casa si bien era antigua, tendría unos treinta y no sé si más años, conservaba un estilo que no pasaba de moda.

Recorrí los pasillos de madera lustrada y paredes perfectamente pintadas, del techo colgaban unas lámparas de araña de cristal, que alumbraban tenuemente el largo pasillo, en las paredes había cuadros de antiguos miembros del clan Richieri, me conocía cada uno de ellos porque mi padre me había obligado a memorizarlos de chica, curiosamente eso nunca se me había olvidado luego del accidente.

Llegue a un enorme comedor con paredes de vidrio que daban a una arboleda artificial que me hacía recordar las selvas brasileñas, ahora tenía sentido ese fragmento extraño que mi cabeza me hacía ver en sueños de vez en cuando, una versión mía de unos dieciocho años sentada en la rama de un árbol escribiendo en un diario, pero nunca lograba ver que es lo que escribía allí.

Me quedé parada admirando la pequeña selva artificial que se vislumbraba en el alrededor de la casa, mi padre por alguna razón estaba obsesionado

con Argentina y Brasil, nunca entendí el porqué de esa observación, siendo que él había nacido en Italia y toda la sangre Richieri era italiana. Pero Arnoldo Richieri, amaba más estas tierras que su propio linaje.

1.20 Removiendo el pasado

«Rebeca Richieri»

Seguí recorriendo la enorme mansión de mi difunto padre, hasta podía distinguir el clásico olor a tabaco colombiano y perfume de almizcle que solía usar todo el tiempo.

Mi padre era obsesivo en su buena imagen, nadie nunca lo vio desarreglado o en paños menores, incluso tenía estrictas reglas de quien entraba en sus habitaciones privadas o lavaba su ropa íntima.

Yo casi no recuerdo a mi madre, murió cuando era muy niña. Ahora pensando en las obsesiones de mi padre me pregunto como hizo ella para embarazarse de mí con un hombre que ni siquiera se dejaba ver sin camisa perfectamente abotonada.

En las escaleras principales, colgado en perfecta posición yacía un enorme cuadro de mi padre, cigarrillo en mano y reloj de cadena en uno de los bolsillos de su chaqueta, perfectamente peinado hacia atrás con cera de caballero. No pude evitar sonreír a los recuerdos con mi padre, le extrañaba con mucha vehemencia.

Pero mi cabeza no podía evitar recordar las palabras de Nick Marshar de hace unos días "Veó que ya no tienes las hermosas pecas de tú juventud Rebi" ¿Como sabia él sobre mis pecas? Solo aquellos que estuvieron antes del accidente sabían de ellas, cuando me llevaron a quirófano luego del accidente las perdí para siempre, tuvieron que hacer una reconstrucción

de todo mi cuerpo.

Entonces el hecho de que Nick Marshar supiera sobre mis pecas, solo significaba que él había estado antes en mi vida, pero yo lo olvidé.

Estaba decidida a descubrir ¿Quién era realmente Nick? ¿Y que había representado en mi pasado su persona?

«Camila Lírca»

Salí de la empresa y fui directamente al departamento que me había regalado Nick.

Debía averiguar sobre la extraña mujer que estaba haciendo que Nick Marshar se desinteresara de mí.

Tarde toda la tarde buscando algo relacionado con el río Atuel de la Pampa Argentina, sobre el número nueve o sobre la flor brasileña neomarica northiana, casi me estaba dando por vencida cuando encontré una coincidencia entre La Pampa Argentina y una selva Brasileña.

Había un grupo corporativo muy poderoso que había comprado toda esas tierras hace unos 20 años atrás, desde allí no habían dejado que ninguna otra firma osara poner sus emprendimiento en esas tierras.

El grupo era "El clan Richieri" había oído hablar de ellos porque Nick últimamente había tenido problemas con la actual CEO y heredera del difunto Arnoldo Richieri, Rebeca Richieri. De inmediato supe que ella sería una enemiga complicada, pero estaba dispuesta a perder incluso mi vida antes que a Nick y con una enemiga como yo que no tenía miedo a la muerte Rebeca también debería prepararse para pelear.

«Marcus»

Estaba intranquilo con todo lo que venía sucediendo en la última semana. Primero el idiota de Nick reaparece y siembra la duda en la cabeza de Rebeca, ella sale como siempre sin escuchar razones a investigar y desempolvar el pasado.

Camina de un lado a otro sin control, solo podía recordar las palabras de Arnoldo, las cuales me taladraban la cabeza día y noche desde su partida.

—Te encargó a mi hija Marcus— dijo fumando un cigarrillo sentado en el sillón de su escritorio, con toda la elegancia de siempre.

—No se preocupe señor, yo la cuidare— le respondí muy seguro de mis palabras.

—No me importa si se lástima, se puede curar sola, yo le enseñe como hacerlo— dijo en un gruñido— lo importante es que nunca descubra s verdadero pasado, porque eso significaría mi fin— se levantó y se me acerco, su estatura y corpulencia imponente hacían que cualquiera temblara en su presencia— y si eso sucede, te arrastre conmigo al infierno Marcus ¿Entiendes?— finalizó con la mirada calándome mi propia alma.

Sacudí la cabeza varias veces.

Lejos de lo que creía Rebeca, Arnoldo más que mi padre era el demonio de mis pesadillas, sabía que vendría desde la tumba a buscarme si fuera necesario.

1.21 Secretos ocultos

«Rebeca Richieri»

Termine de subir las largas escaleras y recorrí el amplio pasillo de habitaciones con puerta de madera. Me frene en la habitación de mi padre y dude un momento, agarre el picaporte y cuando estaba a punto de girarlo escuche la voz de Carlos detrás de mí.

—No debería entrar allí señorita Rebeca— me aconsejó con su voz paternal.

Yo me gire y lo mire en parte sorprendida porque no lo había oído subir y en parte expectante.

— ¿Por qué no debería entrar?— consulte intrigada, hace diez años que mi padre había muerto.

—Usted sabe como es el señor Arnoldo de receloso con sus cosas— me aclaró Carlos.

Por un momento pensé que se había vuelto loco o tal vez la edad le jugaba una mala pasada y se había olvidado que mi padre había muerto, pero luego recordé que Carlos pertenecía a la tribu aborigen de los querandíes, si bien ya estaba extinta hace muchos años él era uno de los pocos que aun seguía sus creencias, las cuales decía que habían dos dioses uno bueno Soychu y uno malo Gualichú, pero lo principal las almas de los muertos no se iban a ningún lado, sino que permanecían en sus objetos de aprecio en vida. Era la razón de porque Carlos se refería a mi padre como si aun estuviera aquí, aunque ya estaba muerto hace varios años.

—Esta bien, iré a mi habitación— le dije con una sonrisa.

A Carlos le tenía un gran aprecio, básicamente él y su esposa me habían criado en los interminables viajes que mi padre hacía al exterior. Si no fuera porque amaba a mi padre y le estaba agradecida por todo lo que me había dado, consideraría a Carlos un padre ejemplar.

Hace mucho no entraba en la habitación de mi juventud, dude un momento antes de abrir la pesada puerta de madera de pino barnizada.

Cuando entre vi la cama de hierro con acolchado de alpaca que Cecilia la esposa de Carlos hacía con sus propias manos. Sonreí con los recuerdos perdidos de esa infancia hermosa que había tenido en estas paredes.

En la mesita de noche tenía una foto de mi padre con mi madre y yo en brazos siendo aun una beba. La agarre con nostalgia y acaricie el rostro de esa mujer que pocos recuerdos tenía pero que por nueve meses me había llevado en su vientre. Nunca entendí porque mi padre no me hablaba sobre ella, siempre que le preguntaba daba respuestas vagas y sin sentido o me obviaba el tema y hablaba de otra cosa. Ahora que lo pensaba ese hombre al que tanto admiraba tenía muchos secretos que nunca me había puesto a averiguar.

Espere hasta la noche y en cuanto escuche a Carlos ir a su habitación, me dispuse a romper la comodidad del alma de mi padre.

Con linterna en mano recorrió el pasillo de habitaciones y me frene en la enorme puerta doble de pino, gire el picaporte rogando que estuviera abierta y respire aliviada cuando esta se abrió sin mayor problema.

Entre lentamente, al haberme criado con las creencias de Carlos, hasta me daba miedo que en verdad viera el alma de mi padre allí dentro.

A diferencia de lo que me imagine, Carlos se había asegurado que la habitación de mi padre estuviera tan impecable como él el dejó hace diez años atrás. Nada estaba fuera de su lugar e impecable y lustrado.

Encendí la luz y respire profundo el aire de la habitación, olor a perfume de almizcle, me recordaba tanto a él.

Comencé a girar como cuando era niña, con los ojos cerrados y la mente pérdida en recuerdos del pasado. Caí en la cama amplia y perfectamente acomodada de mi padre, sonreí al sentirme en casa nuevamente después de tantos años. Recordaba como con tristeza deje ese lugar cuando me entere de la muerte sorpresiva de mi padre y su orden inmediata de hacerme cargo de la compañía en Estados Unidos. Desde allí no había vuelto a venir a estas tan amadas tierras, que representaban gran parte de la alegría de mi vida.

Cuando me levante mis pies golpearon por accidente algo metálico debajo de la cama, algo confundida y curiosa saque la pequeña caja de debajo de la cama, parecía desgastada por los años, incluso sospechaba que tenía más años que yo misma.

1.22 Mente enredada

«Marcus»

En medio de mi delirio nocturno, escuche que golpeaban la puerta, tenía miedo de abrir pues en estos momentos solo esperaba el llamado de la muerte. Dude un momento y gire el picaporte, sin siquiera preguntar quien era, pues sabia que era el demonio viniendo por mí.

— ¿Clara?— dije sorprendido al ver a la rubia pálida parada a media noche

en mi departamento.

—Marcus, quiero verlo— me dijo de forma directa y mirándome fijamente a los ojos.

— ¿A quien?— dije confundido, mi cabeza estaba divagando en otros pensamientos.

—No te hagas el que no entiendes, sabes perfectamente a quien quiero ver— me respondió molesta.

Como arte de magia logre congeniar mis pensamientos y volverlos a la realidad.

—Pues ve al cementerio y desahógate— le dije intentando cerrar la puerta.

—Sabes que no me refiero a eso— me aclaró deteniéndome.

Me sorprendía que esa debilucha tuviera tanta fuerza.

—Pues consíguete otro médium cariño yo estoy ocupado— le dije con ironía sonriendo.

—Eres al único que conozco y quiero verlo, sino me llevas donde él le diré la verdad a Rebeca— me dijo tajante.

—Pues dile y vamos a ver como te va— le respondí con una sonrisa.

—Lo único que me pueden sacar es la vida y la verdad que mi vida no es muy apetecible— me dijo encogiéndose de hombros.

Mierda, esta mujer incluso había perdido el miedo a la muerte y lamentablemente eso era lo único que detenía a un títere a joderla o traicionar a su amo, debía llevarla antes de que cometiera una locura. Porque si Rebeca se enteraba de todo yo caería junto a Clara y a diferencia de ella, yo si le tenia miedo a la muerte.

— ¡Bien! Dame un segundo— le dije cerrando la puerta.

Me coloque una chaqueta, agarre las llaves del auto y salí en silencio, eran las tres de la mañana, la hora perfecta para invocar al diablo.

En un silencio pos morte, recorrimos las calles vacías de la ciudad, llegamos a la guarida del villano de esta historia y le hice señas a mi acompañante, ella me miro confundida.

—Ni creas que entrare a ver al lucifer, tú querías verlo, tú entras sola— le aclaré, mientras menos tuviera contacto con él mejor.

Ella trago saliva y entro en silencio, a paso lento y temblorosa.

«Rebeca Richieri»

Abrí la caja oxidada por los años. Había fotos de mis padres de joven. Una foto de mi madre embarazada me llamo la atención, parecía tener unos dieciocho años mas o menos, mire la foto que habia sacado de mi habitación cuando ella me tenia en brazos y al compararlas algo extraño parecía no encajar con esa mujer, parecía que en menos de nueve meses,

que es lo que dura un embarazó, había envejecido diez años. Una nueva foto llamo mi atención, mi padre sosteniéndome en brazos, pero por alguna razón estaba vestida con una especie de enterito azul, no me sentía parte de ese bebe que mi padre sostenía en brazos, volví a comparar la foto y definitivamente entendí que ese bebe y ese embarazo no eran míos, pues ese niño tenía cabello colorado y yo cabello negro ¿Mis padres habían tenido otro hijo antes que yo? Y siendo así ¿Dónde estaba? ¿Qué le había pasado? ¿Por qué nunca me contaron de su existencia?

Me levanté confundida de la cama y deje la caja encima de la mesita, una lluvia de emociones, fragmentos confusos y dudas me llenaban la cabeza, por más que caminara de un lado a otro no podía calmarme, necesitaba respuestas y rápido.

En medio de mi agonía de confusiones escuche la voz sorprendida de Carlos detrás de mí.

—Señorita Rebeca ¿Qué hace aquí?—

1.23 Una infancia humilde

«Nick Marshar»

Sabia que ese chiquillo egocéntrico de Marcus haría alguna movida extraña cuando se sintiera presionada.

Si conocía a Arnoldo sabía dos cosas de él. Primero no dejaría a su hija sola sin ninguno de sus títeres siguiendo cuidadosamente sus pasos, y a juzgar por las personas que tenía alrededor Rebi, él era el único que tenía potencial de títere en todo el imperio Richieri, los conocía bien porque yo mismo había formado parte de esa legión de ayudantes de Arnoldo.

Aun recordaba como hace 15 años atrás empecé a trabajar en los inmensos campos de cosechas del clan Richieri, la gente de la Pampa Argentina los conocía muy bien, prácticamente eran la familia fundadora de la región pampeana, eran uno de los primeros pioneros extranjeros que llegaron a esas bastas tierras solitarias en los barcos tras la conquista del desierto, se habían adueñado de la tierra de los aborígenes originarios los "Querandíes" y quienes no se unieron a ellos los destruyeron y asesinaron sin piedad, Richieri era uno más de esas grandes mafias sanguinarias legales que se regían en este mundo injusto, lleno de pobres con hambre y deseos de llegar a la grandeza, como sus amos poderosos.

En ese tiempo aun era un adolescente que quería llevar algo de dinero a la humilde casa de mi madre, que debía criar sola a un marido borracho y a cuatro hijos hambrientos. Quien me llevó allí fue mi hermano mayor Lucas, bajo la advertencia de no levantar la cabeza bajo ninguna circunstancia, debí haberle hecho caso a su consejo.

—Tú concéntrate en cosechar papas y no mires hacia arriba— me advirtió mi hermano.

Yo asentí algo confundido y me remangue mi remera ya sucia y desgastada por los años, pero hasta que mi hermano no creciera lo suficiente para tener que comprarse ropa nueva, yo no recibiría su remera que sería nueva para mi, hasta que ese día llegara debía cuidar la que ya tenía o como diría mi madre.

—Estarás a pecho pelado hasta poder comprarte algo— mirándome con su mirada de enojo porque había roto mi única remera.

La primera vez que vi a Arnoldo fue como ver a un emperador, cubierto de joyas y trajes elegantes, salir de un auto BMW 507, solo los estancieros tenían autos tan lujosos como ese. Me quede alucinado viendo a Arnoldo, quien hablaba con el capataz, hombre detestable que a puro latigazo limpio nos tenía trabajando día y noche a los cosechadores de papas en el campo, no importaba si eras hombre, mujer o niño, latigazo a la menor señal de "vagancia" que él veía. Siempre acostumbrado a verlo con

cabeza alta y aire de grandeza, látigo en mano y cara de desprecio, ahora lo veía allí, inclinado ante el magnate, a penas susurrando palabras tímidas, de inmediato supe que quería llegar a ser como Arnoldo, se había convertido en mi ídolo con una sola aparición.

No sé que cara había puesto en ese momento, pero no podía dejar de verlo, admirado, alucinado por su buena postura, su elegancia y su carácter, digno de un rey. Él se sintió observado, pues se giró para buscar a esos ojos curiosos y se detuvo en mi pequeño cuerpo escuálido, quemado por el sol ardiente del campo.

Yo de inmediato agaché la cabeza y me dediqué a cumplir mi único trabajo, cosechar papas, con cuidado y delicadeza, pues por cada papa bien cosechada me daban diez centavos y por cada papa maltratada o golpeada en lo más mínimo, me quitaban diez centavos y recibía dos latigazos de lección.

Él se me acercó, sin importarle ensuciar los zapatos de cuero negro en el barro de la plantación. Tanto mi hermano como el capataz lo miraron atónito, pero nadie dijo nada, él era el señor Arnoldo Richieri.

— ¿Cómo te llamas?— me preguntó de forma directa.

—Nicolás Marshar señor— le susurré de forma tímida mirando al suelo.

— ¿Y a ti te pagan por cosechar o por mirar?— me dijo tajante.

—Hago cualquier trabajo que me de dinero señor— le aclaré, porque sabía que no pasaría toda la vida cosechando papas— Una vez termine mis estudios me convertiré en un hombre rico como usted— le respondí cruzando ligeramente la mirada con él.

Todos se rieron por mi inocente respuesta de niño.

—Si claro y luego serás el jefe de todos nosotros ¿Verdad?— se burlo el capataz.

—Si, y a ti te mandare a limpiar las letrinas por malo— le dije enojado.

—Como te atreves ¡Mocoso!— dijo el capataz enfurecido e intento golpearme con el látigo.

Pero Arnoldo lo detuvo y me sonrió por primera vez, ahí comenzó todo su juego conmigo.

1.24 Nuevo encuentro con el magnate

«Nick Marshar»

— ¿Quieres ser rico como yo?— me preguntó con su mirada fija en mis ojos.

—Si señor— le dije muy seguro.

— ¿Y harás todo lo que yo te ordene?— me volvió a preguntar.

—Por dinero seguro Señor— le aclaré, sin dinero no haría nada.

—No te preocupes que dinero no te faltara— me dijo sonriendo—
¡Límpiame los zapatos!— me ordenó.

Yo busque algún trapo pero no tenia ninguna, no tenia más opción, me saque mi única remera con todo el pesar del mundo y recordando a mi buena madre que me la lavaba con delicadeza en el río y comencé a limpiar entre lágrimas contenidas y deseos de algún día ser yo a quien le limpien los zapatos de cuero.

Una vez que termine de hacerlo, Arnoldo me tiro un billete de cincuenta pesos al barro y se fue sin decir nada.

Yo agarre el billete admirado, jamás habia tenido tanto dinero en mis manos.

Por desgracia cuando esa noche volvíamos junto a mi hermano, un grupo de obreros hombres más fuertes que nosotros dos, nos golpearon hasta dejarnos medio moribundos en el suelo y nos sacaron no solo el dinero que me habia dado Arnoldo, sino también lo que habíamos ganado cosechando papas en el campo. Ese día dormí afuera por manchar mi remera con barro y no llevar dinero a casa.

—No te metas con ese hombre Nicolás— me dijo de repente Lucas.

— ¿Por qué no?— le pregunte confundido.

—Él no es buena gente— me aclaró con la mirada visiblemente preocupada.

—Hoy me dio cincuenta pesos por limpiarle los zapatos— le recordé aun más confundido, porque decía que no era bueno, acaso el sabia algo que yo ignoraba. En mi extraña inocencia de niño, sospeche que tal vez el billete no era real y era falso, no asimilaba aun el peligroso mundo donde me estaba metiendo.

—Haceme caso, no es bueno aunque te de maletines de dinero— me repitió.

—Sino me das un buen motivo ¿Como quieres que te crea?— le dije desconfiado.

—Soy tú hermano ¿Por qué te mentiría?— me preguntó ofendido.

—Él si me dio un buen motivo, nunca habia tenido tanto dinero en mis manos— le repetí.

—El dinero no lo es todo en esta vida Nicolás— me dijo él.

—Pues sirve para ropa y comida, incluso podría haberle comprado un perfume a mamá para que se viera más bonita, para mí si es importante— le respondí enojado y me aleje de él.

Al otro día fui al campo a cosechar papas, pero el capataz me dio tres latigazos y me hizo correr con los perros.

—Ahora venís a rogar mocosos, después de humillarme ayer ¡Largo de aquí!— me habia gritado.

Yo corrí con todas mis energías, ni siquiera sabía a donde solo corría perseguido por unos perros enormes con dientes afilados, cuando sentía que ya no podía respirar más de tanto correr, escuche un silbido y los perros se detuvieron al instante, yo me tire al suelo exhausto tapándome la cara con las manos para protegerme del sol.

Una sombra me cubrió en un momento y yo abrí los ojos, parado enfrenté mío estaba Arnoldo, manos en los bolsillos gorro y traje blanco y Abanó en la boca.

— ¿Qué tenemos aquí? Mi lustra zapatos siendo corrido por mis perros ¿Qué habrás hecho?— me preguntó o tal vez se pregunto a si mismo no estaba seguro.

Yo me levante apresurado y me incliné en señal de respeto.

Él me miro de arriba abajo, estaba con mis viejos pantalones cortos, a para sucia y sin remera, mi madre me la estaba lavando en casa, pelos parados y con el estómago gruñendo pues en casa no habia comida, ya que como mi hermano y yo no pudimos llevar el dinero el día anterior nos habíamos quedado sin comida en casa.

— ¿Qué hiciste con el dinero de ayer?— me preguntó.

—Me lo robaron señor— le dije agachando la cabeza y no pude evitar que me corrieran las lágrimas.

Ayer hasta habia soñado toda la tarde en comprarle un lindo vestido o perfume a mi madre con ese dinero.

— ¡Los hombres no lloran niño!— me dijo agarrándome la mandíbula y escupiéndome al suelo— Los hombres agarran a los malditos que te robaron y de rodilla hace que te pidan perdón y te devuelvan hasta el último centavo— me aclaró.

1.25 Una tragedia

«Nick Marshar»

Yo lo mire sorprendido sin decir nada.

No supe cuando me agarro del hombro y me metió en su BMW 507, llegamos a la plantación de papas y me bajo de la misma manera en que me metió en el auto.

— ¿Quién?— me preguntó mirándome fijamente.

Tanto mi hermano como el capataz y todos allí me miraron sorprendidos.

Yo señale tembloroso a quienes nos habían asaltado el día anterior.

Arnoldo hizo un chasquido con los dedos y unos hombres corpulentos de traje agarraron a los hombres que yo había apuntado y los hicieron arrodillarse ante nosotros.

Ya no parecían tan fuertes como la noche anterior, ahora estaban temblorosos y pálidos, como cachorros mojados.

—Así que ustedes son las cacas mal paridas que le quitaron el dinero que yo le di personalmente a mi nuevo limpia zapatos— dijo Arnoldo caminando de un lado a otro enfrente de ellos.

Todos comenzaron a rogar perdón, pero Arnoldo solo dijo tres palabras.

— ¡Quiébrele los huesos!— dijo sin quitarle la mirada.

Entre llanto y gritos de dolor los hombres musculosos de traje cumplieron la orden de su señor.

Todos quedamos horrorizados con la visión, luego de acabado el trabajo Arnoldo nos miro a todos.

—Que sea una lección para todos, nadie se mete con los protegidos del clan Richieri— luego se giro para irse a su auto.

—Ven aquí limpia zapatos— me ordenó.

Yo mire a mi hermano y él agacho la cabeza, era señal que ya no podía salvarme del lugar donde me había metido, ahora le tenia miedo a Arnoldo y lo que menos quería era estar cerca de él, pero no tenia opción.

Me acerqué y me subí al auto en silencio, este arrancó y nos fuimos en silencio.

Llegamos a una enorme casa con lujos por donde los vieras, me quede alucinado viendo tanta belleza.

Me vistieron y dieron de comer, conocí a Carlos el fiel mayordomo del señor Arnoldo con el cual nos hicimos buenos amigos con los años y fue así como comenzó mi vida de títere.

«Rebeca Richieri»

Me gire seria y mire fijamente a Carlos a los ojos, tantos años trabajando con mi padre él sabía reconocer cuando algún Richieri estaba enojado.

— ¿Qué significa esto?— le dije mostrándole las fotos de ese bebe misterioso— Acaso te haz atrevido a mentirme todos estos años Carlos— le pregunte mirándolo fijamente a los ojos.

Él agacho la cabeza y con la mirada en el suelo respondió tímidamente.

—Su padre nos ordeno que no le dijéramos nada sobre su hermano mayor— dijo retorciéndose las manos en su camisa desgastada.

— ¿Por qué?— le insistí cortante

— ¡Fue una tragedia!— insistió Carlos acongojado.

—¿Qué tipo de tragedia?— yo a diferencia de lo que la mayoría creía, sabia que mi padre no era ningún santo, por más aprecio que le tenía, sabia que si no se hacían las cosas como él decía podía convertirse en una bestia sedienta de sangre, lo sabia porque su sangre corría por mis venas.

—Su hermano estaba yéndose por caminos malos, su padre intento guiarlo al buen camino, pero este no le hizo caso, un día las consecuencias de sus actos se hicieron presentes y ya nada pudo hacer su padre para frenar la desdicha— comenzó Carlos a decirme.

Resulta que mi hermano había crecido bajo las mismas reglas estrictas que yo, pero a la edad de dieciséis años se había unido a un grupo de rebeldes que luchaban por recuperar las tierras que los extranjeros les habían robado en la pampa argentina. Nosotros éramos esos extranjeros que ellos mencionaban y mi hermano se enfrento a su propio padre por ello, mi padre le prohibió juntarse con ese tipo de personas advirtiéndole que nada eso podía terminar bien, pero mi hermano insistió, se fue de la casa y dejo todos los lujos para vivir según lo que él decía con la gente de su propia tierra, porque tanto él como yo habíamos nacido en Argentina. Un día hubo una revuelta en uno de los campos de estancieros, el grupo de rebeldes de mi hermano se unió a los empleados revoltosos que asaltaron a su propio patrón, pero como todo poderoso soluciono el problema a tiro de escopeta y perros salvajes. Mi hermano recibió un escopetazo en el pecho y murió tras una agonía de veinte minutos. El cuerpo fue enterrado junto a lo de los rebeldes en una fosa común, y por más que mi padre insistió el terrateniente se negó a decirle la ubicación de la misma. La familia decidió ocultar ese hecho desgarrador por miedo a que yo cometiera los mismos errores que mi hermano rebelde.

Fui a la cripta que mi madre había mandado a construir a escondidas de mi padre, pues para él mi hermano había dejado de ser su hijo desde que se había ido de la casa familiar.

Era simbólica pues allí no había cuerpo enterrado, pero mi madre prefería llorar en ese monumento que a escondidas de mi padre en los rincones de la casa.

Cambie las flores secas y encendí una vela, me quede allí hasta que esta se agotó. Había entendido que en esta familia sobaban los secretos y había decidido descubrir cada uno de ellos, aunque me llevada la vida hacerlo.

1.26 Marcus vs Nick

«Nick Marshar»

Cuando vi salir a la pareja que estaba esperando, encendí el auto y los seguí en sigilo, luces apagadas y velocidad baja.

Me guiaron a un antiguo edificio a las afueras de la ciudad, espere un rato y en cuanto Clara entró al edificio baje del auto, me acerque con las manos en los bolsillos.

Marcus parecía confundido al verme llegar.

— ¿Y tú que haces aquí?— me preguntó con su acostumbrada arrogancia.

Pero yo sabía como calmar los aires de grandeza de esos niños sin experiencia.

—Así que es aquí donde esta nuestro querido titiritero— le respondí mirando el edificio.

—No se de que estas hablando— me dijo nervioso.

—Se que sabes perfectamente de que hablo ¿Y sabes por qué?— continúe observándole de arriba abajo.

—Porque— dijo con media sonrisa.

—Porque hace muchos años yo fui el limpia zapatos de Arnoldo— le dije mirándolo a los ojos.

Su cara se torno sorprendida y con temor, yo conocía perfectamente mi leyenda entre los títeres de Arnoldo.

El limpia zapatos que se gano la confianza del jefe, conquisto a la hija heredera de la fortuna, enfrentó al rey, fue asesinado y renació de sus cenizas. Bueno la última parte todavía no se había contado, pero ya se rumoreaba entre los lacayos. Y sabia que eso era lo que hacia que Arnoldo se revolcara en su propia tumba, él quería que mi recuerdo fuera olvidado, pero Ahora yo regresaba con sed de venganza y poder para destruirlo.

— ¡Es imposible! Él esta muerto— me aclaró— no debes vivir de la fama de otros— me dijo sonriendo aun algo desconfiado.

— ¡Así! Cierto que morí— le dije haciéndome el que pensaba— pero te cuento un secreto, renací— me reí y luego hice ademán de entrar al edificio.

—Si eres lo que dices ser, no te aconsejaría entrar allí— me dijo Marcus deteniéndome.

Yo me reí y lo quede mirando un momento antes de responder.

—Te entiendo Marcus, se porque te haz metido aquí y también se que aunque lo desees no puedes salir— le respondí.

— ¿Así?— me preguntó incrédulo.

—Necesitabas ropa, dinero, casa, trabajo, te cansaste de estar en 0, de vivir para obedecer, querías que el mundo estuviera bajo tus pies— le dije lo mismo que yo había sentido aquella vez en el campo de papas viendo bajar del auto a Arnoldo por primera vez. Él me miro sorprendido confirmándome que había acertado a todo.

—Pero hay algo que ignoras— continúe y recordé mi pasado con pesar— Yo cometí el error de no hacer caso a los consejos, creía que estaba haciendo bien las cosas, que iba por buen camino— recordaba a mi hermano insistiéndome que me fuera lejos, que no levantara la cabeza, que obedeciera sin chistar al amo.

Él me observó en silencio y yo me reí.

—Pero nadie hace caso, a ninguno le interesa dar el paso, si las cosas están bien y las vacas están llenas lo demás no importa— sabia que por las expresiones de su cara estaba acertando a cada cosa que él sentía dentro suyo— Pero luego ya es demasiado tarde para salir, entras en caminos oscuros, por ahí ya no tienes alma, descubres que todo es tan verdad como que la maldad puede existir— le dije apuntando al edificio, aludiendo que Arnoldo era la maldad personificada.

—Yo no cometeré los mismos errores que tú, yo no me enamoraré de Rebi— me aclaro inútilmente, aún le faltaba mucho por aprender.

—Ese fue mi desencadenante, el tuyo será otro diferente— le respondí sonriente— pero sabes una cosa— continúe.

— ¿Qué cosa?— me preguntó.

—Cuando mueres una vez luego ya no tienes miedo a morir— le respondí y entre al edificio.

1.27 Ya no tengo miedo a morir

«Nick Marshar»

Comencé a caminar lentamente por el pasillo, a juzgar por la decoración y el buen estado del interior del edificio este lugar estaba todo menos abandonado.

Recibí una llamada de Verni y entendí que había leído mi mensaje “Ya llego la hora”

Verni era el único que me había acompañado desde ese oscuro pasado, otro títere de Arnoldo que arriesgó su vida por un amigo enamorado. Él vio el mismo infierno que vi yo y sobrevivió a ello.

—Hola Verni— le dije tranquilo.

— ¿En donde éstas?— me preguntó sin rodeos.

—Es hora— le respondí ignorando su pregunta.

— ¿Hora de qué?— me dijo Verni con la voz nerviosa.

—De ver al imperio Richieri arder— le respondí sonriendo.

—Acaso te haz vuelto loco— me dijo tajante— ¿Quieres morir?— me preguntó.

—A pesar de la sobra de la muerte todo lo que he visto me ha hecho más fuerte— le aclaré.

Él sabía que estaba listo para mi venganza, pero su respuesta me sorprendió.

—Piensa lo que es estar listo Nick, porque tú mismo lo haz visto ya he escuchado los gritos de corre, corre los guardias están tirando corre, levántate no te dejes atrapar ¡Corre!— eso me hizo acordar mis últimos momentos en la mansión Richieri, minutos después del accidente de Rebi, me detuve en el pasillo para poder recuperar la respiración, pensar en ese momento me dejaba sin aire, era revivir una y otra vez la escena de ella en la camilla del hospital, toda vendada, cubierta con sangre y conectada a maquinas que le daban sustento de vida.

—Tú recuerdas el final del cuento, del tipo que tomo el atrevimiento, a su familia la asesinaron a él lo mataron le quemaron su pasado— finalizó.

—No dejaré que ellos maten a Rebi, Verni, porque es eso lo que harán cuando ella descubra la verdad, yo la meti en esto y no la dejaré sola— le respondí y finalice la llamada.

Levante la cabeza y comencé a caminar nuevamente, llegue a la habitación y sin dudar abrí la puerta en silencio.

1.28 Una bomba calcinada

«Rebeca Richieri»

Es hora de recordar, me levante de la tumba de mi hermano y me fui al lugar donde todo empezó.

Carlos me miro varias veces dudando antes de abrir la enorme puerta de hierro negro.

— ¿Qué sucede?— le pregunte curiosa.

—A veces cuando remueves los fantasmas del pasado, los demonios salen, señorita Rebeca— me dijo él con su acostumbrada mística al hablar.

—Es eso precisamente lo que quiero lograr— le aclaré y él me miro horrorizado.

Sin decir nada abrió las compuertas y estas dieron paso a los restos de mi antiguo macérate 06.

No pude evitar comenzar a temblar, si bien me había preparado psicológicamente para esto, nada era tan difícil como volver a ver al causante de mi accidente. Pero era necesario saber que es lo que había fallado ese día en el, para descubrir la punta del hilo que desencadenó mi perdida de memoria.

Me negaba a aceptar la vaga respuesta de los técnicos que dijeron que esa noche mis nervios estaban alterados y cometí un error humano propio por la falta de control de mis emociones, era como decir que una mujer se enoja solo por las hormonas, inadmisible y rudimentario el pensar eso.

Revise el asiento del conductor, se había doblado en forma diagonal, la casualidad de la vida o tal vez el destino hizo que mi cuerpo se hiciera un bollito segundos antes de que el respaldar del asiento se doblara con cierto y todo hacia el volante, de otro modo hubiera muerto o bien aplastada por el volante o bien acuchillada por los fierros del asiento.

Al hacerme bollito me quebré las dos piernas, un brazo, la columna en dos partes, me fracturé el cráneo y cuatro dedos de una mano. El medico dijo que era un milagro que yo siguiera con vida y caminando.

Con la mano temblorosa cargue el botón que desbloqueaba la compuerta del motor, al sentir el ruido de la misma, me dirigí hacia ella.

Abrí siempre bajo la vigilancia de Carlos, quien me observaba con gesto paternal, parecía que estaba sufriendo más que yo con todo esto.

A simple vista parecía que nada estaba fuera de su lugar allí, me apoyé en el borde del capo e incline ligeramente la cabeza, no sé cuánto tiempo estuve así. Hasta que algo llamo mi atención en el neumático trasero derecho.

Un fragmento se abrió paso en mi confundida cabeza, segundos antes de que tuviera el accidente había escuchado una explosión, había mirado por el espejo retrovisor y vi una llamarada que venia de la parte de atrás del lado derecho de mi auto, después todo se volvió oscuridad.

Me incline de rodillas y Revise la rueda, había resto de algo brillante como si fuera vidrio molido.

—Carlos tráeme un cuchillo— le dije sin mirarlo.

Escuche como salió casi corriendo hacia la mansión, minutos después apareció con cuchillo en mano.

Abrí el caucho y dentro de la llanta había un dispositivo explosivo pequeño, que ya hace mucho había hecho su trabajo, estaba completamente calcinado y tenía varios cables y alambres sueltos.

Mire horrorizada a Carlos pidiendo explicaciones que sabia que él no tenía. Alguien había intentado matarme pero ¿Quién? Y ¿Por qué?

Me arrodille con el pedazo de bomba calcinada en las manos y me largue a llorar, necesitaba un abrazo, pero de ¿Quién? ¿Mi padre? y si él había sido quien planeó mi muerte "Es imposible el nos ama" me recordó mi cabeza "Así como amaba a nuestro hermano" dijo mi consciencia. Estaba sola, nadie me daría un abrazo "Tú prometido" ni siquiera sabia quien era,

o si no había tenido algo que ver con mi accidente.

1.29 Breve momentos

«Rebeca Richieri»

Luego de un rato llorando en el suelo, me levante me seque las lágrimas y me repetí que yo era fuerte, no era tiempo de llorar.

Me bañe y me fui sin decir nada, llegue sin cita ni previo aviso, me quede en medio de la sala de esperas.

—Señorita ¿Necesita algo?— me preguntó una secretaria sonriente.

Estaba a punto de responder cuando un medico abrió la puerta del consultorio y me quedó mirando atónito.

— ¿Rebeca?— preguntó incrédulo.

—Hace muchos años que no nos vemos— le dije sonriendo.

Él me dio un abrazo largo y me llevó a su consultorio.

El doctor Mauro Sven habia sido el psicólogo que me había atendido en mi larga recuperación luego del accidente.

Sirvió dos tazas de té y se sentó en su sillón.

—Tú dirás— me dijo sonriendo y ofreciéndome una taza.

—Necesito saber sobre mi cabeza— le fui directa y recibí la taza.

—Me temo que deberás ser más específica— me aclaró.

— ¿Cual fue mi diagnóstico?— le pregunte.

Él hizo una mueca y reviso un fichero, saco una carpeta amarillenta por lo viejo que tenia escrita mi nombre.

—Es difícil de entender, cuando yo te recibí, llego junto a ti un informe médico de una persona con estado de shock profundo, lagunas temporales y reversibles, mínimos o nulos daños cerebrales— comenzó diciendo y leyó unos papeles del carpeta— Pero luego llego otro informe desestimando el anterior, diciendo que tú habías tenido que ser

intervenida quirúrgicamente por un daño generalizado en varias neuronas, estado de shock profundo y lagunas irreversibles— se agarró la cabeza un momento, parecía confundido.

— ¿Y que decían mis estudios?— le insistí.

—No me dejaron hacerte estudios, me negaron toda posibilidad, incluso me amenazaron con que si intentaba hacer lo contrario cerrarían mi consultorio— me dijo mirando hacia todos lados nervioso.

— ¿Quién te dijo eso?— le dije levantándome nerviosa.

—Los hombres de su padre señorita Rebeca— me dijo lentamente como si intentará suavizar el golpe.

Me senté totalmente estupefacta, eso confirmaba que mi padre había tenido algo que ver con mi accidente. Pero ¿Por qué me quería muerta mi propio padre? Yo siempre había sido una hija buena y obediente ¿Cual había sido mi error?

—No es la primera vez que vienen a pedir explicaciones de ese accidente— me dijo sorprendiéndome el doctor Sven.

Levante mi cabeza aun algo aturdida e intente emitir la pregunta pero no logre hacerlo.

—Era un hombre alto, cabello negro, ojos claros, de traje, con voz pausada y suave— me respondió como si adivinara mi pregunta no dicha.

—Nick Marshar— dije en un susurro, no tenía sentido que fuera él pero era al único que conocía con esa descripción.

El doctor reviso unos ficheros y luego asintió.

—Exactamente, pero se presentó como Nicolás Marshar— me dijo.

¿Nicolás? ¿Ni...co...las?

—Nicolás, Nicolás— corrí hacia el árbol donde él siempre estaba sentado cumpliendo su ronda de vigilancia.

— ¡Rebi!— me dijo sonriendo y me ayudo a subir al árbol.

—Te extraño Nicolás— le respondí abrazándolo y hundiendo mi cabeza en

su pecho.

—Padre ¿Haz visto a Nicolás?— le dije entrando a su oficina como de costumbre.

—Hija... Yo...— dijo mi padre haciendo una mueca.

— ¿Qué sucede?— le pregunte desconfiada.

—Uno de mis hombres vio entrar a Clara hace un rato al departamento de Nicolás.

— ¡Eso no es cierto! ¡No mientas!— le dije gritando.

Estaba conduciendo, era de noche, estaba lloviendo, sonó mi teléfono, era él.

— ¿Qué quieres?— le respondí enojada.

—Rebi debes escucharme, nada de esto es real, Clara vino diciendo que tú la habías mandado— intento explicarme apresurado.

—No se de que estas hablando ¿Por qué mandarías a Clara a verte a altas horas de la noche?— le grite.

—Es un plan, nos quieren separados— me dijo nervioso.

—Estoy harta de tus conspiraciones imaginarias contra mi padre— le dije tajante.

—Rebi ¿Donde estas? Esta bien no me digas, pero prométeme que le harás caso a tú padre, no quiero que él te haga daño, prefiero que vivas lejos de mi, pero que sigas viva, por favor Rebi hazle caso no le desobedezcas por favor...— su voz se apagó un momento— Te quiero...— fue lo último que escuche.

Luego... explosión... Oscuridad... Mucha oscuridad...

1.30 Fin de la primera parte

«Arnoldo Richieri»

—Clara es una sorpresa verte aquí luego de tantos años— dijo el anfitrión sentado en su sillón a la recién llegada, luego giro la cabeza y me observo con una sonrisa— A ti si te esperaba Nicolás— me saludo con la cabeza.

Clara se dio vuelta sorprendida y yo la mire ligeramente, no sabía porque estaba allí y tampoco me interesaba, mire al difunto y le Sonreí.

—Tanto tiempo señor— en ese momento descubrí que no le tenía miedo a los fantasmas.

Él sonrió al saber que ya no le tenía miedo.

— ¿Y ahora quien eres? Porque es evidente que ya no eres más Nicolás el niño inocente que saque de la basura— me aclaró con malicia.

—Soy el que te va a hundir, un profesional que conoce la calle y la miseria, pero también la riqueza y la buena vida, a diferencia del pasado tengo a mis aliados y te aconsejó que te abrases la espalda porque de frente te destruiré, yo si soy de calle no sirve de nada que tú abras la boca— mostré mis dientes afilados en la penumbra de la habitación.

Él se levantó serio, ofendido por mi atrevimiento y se acerco a mí, me agarro del cuello e hizo presión.

—Conmigo te la pelas si te pasas de mamón, tú porquería de imperio no pasa del millón, si quieres nos enfrentamos y nos damos guerra para ver en la calle quien es más cabrón— me tiro contra el piso haciéndome mirar el suelo como los viejos tiempos— Tú tienes rabia, yo tengo rabia, todos aquí saben que eres pura labia— me dijo para humillarme delante de Clara y Marcus quienes ahora eran mis potenciales aliados contra él.

Yo me reí y lo mire a los ojos mientras me levantaba.

— ¿A quien quieres engañar Arnoldo? Sabes que no te da la talla para una guerra en la calle, yo tengo los míos tú no tienes gente, los alejaste a todos por propia voluntad, lamentablemente aquí no ganas por poderío, tú no tienes pase en la calle, no tienes ni la voz, ni el talento, ni la clase, para estar en este mundo necesitas buenas frases de lo contrario te aplastaran con sus balas— decirle el nombre era una provocación aun mayor a la anterior, pues nadie ni siquiera su esposa jamás le había

llamado por el nombre de pila.

Esto lo hizo enfurecer y se giro, al verlo tenia los ojos encendidos de furia.

—Soy reconocido y tengo la fama de enemigo, si me cagas el palo no lo olvido, toda la calle sabe que yo primero mato y luego preguntó, se dice lo que digo baboso mal nacido, destruye mi imperio yo mato a tú mujer, te vuelo la cabeza, te quiebro como un cigarro, destruyó a tus seres queridos, maldito maricón, no me vengas con advertencias y amenazas ¿Qué te pasa?— me grito acercándoseme.

Yo en ningún momento deje de mirarlo y esto lo alteraba aun más.

Me acerqué a él y solo dije una última frase.

—Si quieres batalla, tendrás batalla, no tienes la talla para enfrentarme, sos pura pantalla— lo empuje contra la pared y me fui.

Escuche detrás de mí su última amenaza antes de irme.

—Yo nunca falló, si no quieres morir te me callas, porque eres pura imagen mal parido—

El juego había iniciado.